



Mark Twain

Cartas desde  
la Tierra

**E** LEJANDRIA



Mark Twain

Cartas desde  
la Tierra

**E** LEJANDRIA



**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **CARTAS DESDE LA TIERRA**

**MARK TWAIN**

**PUBLICADO: 1962  
FUENTE: SACRED TEXTS  
TRADUCIDO POR ELEJANDRÍA**

El Creador se sentó en el trono, meditando. Detrás de Él se extendía el continente ilimitado del cielo, impregnado de una gloria de luz y color; delante de Él se alzaba la negra noche del Espacio, como un muro. Su imponente corpulencia se erguía, rugosa y semejante a una montaña, hasta el cenit, y Su divina cabeza resplandecía allí como un sol distante. A Sus pies se encontraban tres figuras colosales, casi aniquiladas en contraste —arcángeles—, cuyas cabezas estaban al nivel de Su hueso del tobillo.

Cuando el Creador terminó de meditar, dijo: "He pensado. ¡He aquí!"

Levantó Su mano, y de ella brotó una fuente de fuego, un millón de estúpidos soles, que atravesaron la negrura y se elevaron, una y otra vez, menguando en magnitud e intensidad a medida que atravesaban las fronteras remotas del Espacio, hasta que al final no fueron más que como cabezas de clavos de diamante que centelleaban bajo la inmensa cúpula del universo.

Al cabo de una hora, el Gran Consejo fue disuelto.

Abandonaron la Presencia, impresionados y pensativos, y se retiraron a un lugar privado, donde podían hablar con libertad. Ninguno de los tres parecía querer comenzar, aunque todos querían que alguien lo hiciera. Cada uno ardía en deseos de discutir el gran acontecimiento, pero prefería no comprometerse hasta saber cómo lo veían los demás. Así que se entabló una conversación vacilante y sin rumbo acerca de asuntos sin importancia, la cual se prolongó tediosamente sin llegar a ninguna parte, hasta que al fin el arcángel Satanás reunió su valor —del cual tenía muy buena reserva— y tomó la palabra. Dijo: "Sabemos de qué hemos venido a hablar, mis señores, y bien podríamos dejar a un lado las apariencias y comenzar. Si esa es la opinión del Consejo —"

"¡Lo es, lo es!" interrumpieron agradecidos Gabriel y Miguel.

"Muy bien, entonces, procedamos. Hemos sido testigos de algo maravilloso; en eso, estamos necesariamente de acuerdo. En cuanto a su valor —si es que tiene alguno—, es asunto que no nos concierne personalmente. Podemos tener tantas opiniones sobre ello como queramos, y ese es nuestro límite. No tenemos voto. Creo que el Espacio era bastante adecuado, tal como estaba, y útil, además. Frío y oscuro —un lugar de reposo, de vez en cuando, tras una temporada del clima excesivamente delicado y los desafi-

antes esplendores del cielo. Pero esos son detalles sin gran importancia; la nueva característica, la característica inmensa, es —¿qué, caballeros?"

"La invención e introducción de una ley automática, no supervisada y autorreguladora para el gobierno de aquellas miríadas de soles y mundos giratorios y veloces."

"¡Eso es!" dijo Satanás. "Te das cuenta de que es una idea estúpida. Nada semejante ha sido concebido por el Maestro Intelecto antes. Ley — Ley Automática—, ley exacta e invariable —que no requiere vigilancia, corrección ni reajuste mientras duren las eternidades. Dijo que esos innumerables cuerpos vastos se precipitarían a través de los desiertos del Espacio por eones y eones, a una velocidad inimaginable, en órbitas estrepitosas, sin colisionar jamás, y sin alargar ni acortar sus períodos orbitales ni en la centésima parte de un segundo en dos mil años. Ese es el nuevo milagro, y el mayor de todos —¡la Ley Automática! Y le dio un nombre —la LEY DE LA NATURALEZA— y dijo que la Ley Natural es la LEY DE DIOS — nombres intercambiables para una misma cosa."

"Sí," dijo Miguel, "y dijo que establecería la Ley Natural —la Ley de Dios— en todos Sus dominios, y que su autoridad sería suprema e inviolable."

"Además," dijo Gabriel, "dijo que, a su debido tiempo, crearía animales y los colocaría, asimismo, bajo la autoridad de esa Ley."

"Sí," dijo Satanás, "Le oí, pero no entendí. ¿Qué son los animales, Gabriel?"

"Ah, ¿cómo se supone que lo sepa? ¿Cómo lo sabremos nosotros? Es una palabra nueva."

[Intervalo de tres siglos, tiempo celestial —el equivalente a cien millones de años, tiempo terrenal. Entra un Ángel Mensajero.]

"Mis señores, Él está creando animales. ¿Les place venir a ver?"

Fueron, vieron y se quedaron perplejos. Profundamente perplejos —y el Creador lo notó, y dijo: "Pregunten. Yo responderé."

"Divino," dijo Satanás, haciendo una reverencia, "¿para qué son ellos?"

"Son un experimento en Moral y Conducta. Obsérvenlos y sean instruidos."

Había miles de ellos. Estaban llenos de actividades. Ocupados, todos ocupados —principalmente en perseguirse unos a otros. Satanás comentó —tras examinar a uno de ellos con un poderoso microscopio—: "Esta gran bestia está matando a animales más débiles, Divino."

"El tigre —sí. La ley de su naturaleza es la ferocidad. La ley de su naturaleza es la Ley de Dios. No puede desobedecerla."

"Entonces, al obedecerla, ¿no comete falta, Divino?"

"No, es inocente."

"Esta otra criatura, aquí, es tímida, Divino, y sufre la muerte sin resistirse."

"El conejo —sí. Carece de valor. Es la ley de su naturaleza —la Ley de Dios. Debe obedecerla."

"Entonces, ¿no puede exigírsele honorablemente que vaya en contra de su naturaleza y se resista, Divino?"

"No. Ninguna criatura puede ser exigida honorablemente a ir en contra de la ley de su naturaleza —la Ley de Dios."

Después de mucho tiempo y de muchas preguntas, Satanás dijo: "La araña mata a la mosca y se la come; el pájaro mata a la araña y se la come; el gato montés mata al ganso; el —bueno, todos se matan entre sí. Es asesinato a lo largo de toda la línea. Aquí hay innumerables multitudes de criaturas, y todas matan, matan, matan, son todos asesinos. ¿Y no se les puede culpar, Divino?"

"No se les puede culpar. Es la ley de su naturaleza. Y siempre la ley de la naturaleza es la Ley de Dios. Ahora —¡observen! ¡He aquí una nueva criatura —y la obra maestra —El Hombre!"

Hombres, mujeres, niños, llegaron en enjambres, en manadas, en millones.

"¿Qué harás con ellos, Divino?"

"En cada individuo, en diferentes matices y grados, se pondrán en masa todas las diversas Cualidades Morales que han sido distribuidas, una a la vez, entre el mundo animal que no habla —coraje, cobardía, ferocidad, mansedumbre, equidad, justicia, astucia, traición, magnanimidad, crueldad, malicia, malignidad, lujuria, misericordia, compasión, pureza, egoísmo, dulzura, honor, amor, odio, vileza, nobleza, lealtad, falsedad, veracidad, deshonestidad— cada ser humano tendrá todas estas en sí, y constituirán su naturaleza. En algunos, habrá características elevadas y finas que sumergirán a las malas, y a esos se les llamará hombres buenos; en otros, las características malas tendrán dominio, y a esos se les llamará hombres malos. ¡Observen —miren—, se esfuman!"

"¿A dónde se han ido, Divino?"

"¡A la tierra —a ellos y a todos sus congéneres animales!"

"¿Qué es la tierra?"

"Un pequeño globo que hice, hace un tiempo, dos veces y media. Lo vieron, pero no lo notaron en la explosión de mundos y soles que brotaron de mi mano. El hombre es un experimento, los otros animales son otro experimento. El tiempo dirá si valieron la pena. La exposición ha terminado; pueden retirarse, mis señores."

Pasaron varios días.

Esto equivale a un largo lapso de (nuestro) tiempo, ya que en el cielo un día es como mil años.

Satanás había estado haciendo comentarios admirativos sobre ciertas de las brillantes industrias del Creador —comentarios que, leídos entre líneas, eran sarcasmos. Los había hecho confidencialmente a sus seguros amigos los otros arcángeles, pero algunos ángeles comunes los habían oído y denunciado en la Sede Central.

Se le ordenó el destierro por un día —el día celestial. Era un castigo al que estaba acostumbrado, debido a su lengua demasiado suelta. Anteriormente lo habían deportado al Espacio, no habiendo otro lugar a donde enviarlo, y había revoloteado tediosamente allí en la noche eterna y el frío ártico; pero ahora se le ocurrió ir en busca de la tierra y ver cómo avanzaba el experimento de la Raza Humana.

Poco a poco escribió a casa —muy en privado— a San Miguel y a San Gabriel sobre ello.

# CARTA DE SATANÁS

Este es un lugar extraño, y extraordinario, e interesante. No hay nada parecido en casa. La gente está completamente loca, los otros animales están todos locos, la tierra está loca, la propia Naturaleza está loca. El hombre es una curiosidad maravillosa. Cuando está en su mejor momento es una especie de ángel de níquel plateado de baja categoría; en su peor momento es indecible, inimaginable; y, primero, último y siempre, es un sarcasmo. Sin embargo, él, con parsimonia y con total sinceridad, se llama a sí mismo "la obra más noble de Dios." Esta es la verdad que os digo. Y no es una idea nueva en él, lo ha hablado a lo largo de las edades, y lo ha creído. Lo ha creído, y no ha encontrado a nadie entre toda su raza que se ría de ello.

Además —si me permiten añadir otro matiz—, cree que es la mascota del Creador. Está convencido de que el Creador se enorgullece de él; incluso cree que el Creador lo ama; que siente pasión por él; que vela por él durante las noches para admirarlo; sí, y que lo cuida y lo mantiene alejado de problemas. Reza a Él, y piensa que Él escucha. ¿No es una idea pintoresca? Llena sus oraciones de llanas, crudas y floridas adulaciones hacia Él, y cree que Él se sienta y ronronea ante tales exabruptancias y las disfruta. Reza pidiendo ayuda, favor y protección, cada día; y lo hace con esperanza y confianza, aunque ninguna de sus oraciones ha sido jamás respondida. La afrenta diaria, la derrota diaria, no lo desalientan, sigue rezando de igual manera. Hay algo casi admirable en esa perseverancia. Permítanme añadir otro matiz: ¡cree que va al cielo!

Tiene maestros asalariados que se lo dicen. También le dicen que existe un infierno, de fuego eterno, y que irá allí si no cumple los Mandamientos.

¿Qué son los Mandamientos? Es una curiosidad. Se los contaré en su momento.

## CARTA II

"No os he dicho nada sobre el hombre que no sea verdad." Perdóñenme si repito esa observación de vez en cuando en estas cartas; quiero que toméis en serio lo que os digo, y siento que si yo estuviera en vuestro lugar y vosotros en el mío, necesitaría ese recordatorio de vez en cuando para que mi credulidad no flaquee.

Porque no hay nada en el hombre que no sea extraño para un inmortal. Él no mira nada como nosotros lo miramos, su sentido de la proporción es completamente distinto al nuestro, y su sentido de los valores difiere tan ampliamente del nuestro, que con todas nuestras grandes facultades intelectuales no es probable que siquiera el más dotado entre nosotros llegue a comprenderlo del todo.

Por ejemplo, tomad esta muestra: él ha imaginado un cielo, y ha dejado completamente fuera de él el supremo de todos sus deleites, el único éxtasis que ocupa el primer y principal lugar en el corazón de cada individuo de su raza —y de la nuestra— ¡el coito!

Es como si a una persona perdida y moribunda en un desierto abrasador se le dijera por un rescatador que podría elegir y tener todas las cosas anheladas menos una, ¡y optara por prescindir del agua!

Su cielo es como él: extraño, interesante, asombroso, grotesco. Os doy mi palabra, no contiene ni una sola característica que él realmente valore. Consiste —total y absolutamente— en diversiones de las que le importa casi nada, aquí en la tierra, y sin embargo, está convencido de que le encantarán en el cielo. ¿No es curioso? ¿No es interesante? Os daré detalles.

La mayoría de los hombres no canta, la mayoría de los hombres no puede cantar, la mayoría de los hombres no se quedará cuando otros canten si se extiende por más de dos horas. Tomad nota.

Solo alrededor de dos hombres de cada cien pueden tocar un instrumento musical, y ni cuatro de cada cien tienen el deseo de aprender a hacerlo. Anota eso.

Muchos hombres rezan, pero a pocos de ellos les gusta hacerlo. Unos pocos rezan largamente, los demás se hacen un atajo.

Más hombres van a la iglesia de los que desean hacerlo.

Para cuarenta y nueve de cada cincuenta hombres el Día de reposo es un tedio, un tedio espantoso.

De todos los hombres en una iglesia un domingo, dos tercios están cansados cuando el servicio está a mitad, y el resto antes de que termine.

El momento más alegre para todos ellos es cuando el predicador levanta las manos para la bendición. Se puede oír el suave murmullo de alivio que recorre la casa, y se reconoce que es elocuente de gratitud.

Todas las naciones miran con desprecio a todas las demás naciones.

Todas las naciones desprecian a todas las demás naciones.

Todas las naciones blancas desprecian a todas las naciones de color, de cualquier tonalidad, y las oprimen cuando pueden.

Los hombres blancos no se asocian con "negros", ni se casan con ellos.

No los admiten en sus escuelas ni en sus iglesias.

Todo el mundo odia al judío, y no lo tolera salvo cuando es rico.

Os pido que anotéis todos esos detalles.

Además. Todas las personas cuerdas detestan el ruido.

A todas las personas, cuerdas o no, les gusta tener variedad en su vida. La monotonía las cansa rápidamente.

Cada hombre, de acuerdo con el equipo mental que le ha tocado, ejerce su intelecto de forma constante, incesante, y ese ejercicio constituye una vasta, valiosa y esencial parte de su vida. El intelecto más bajo, al igual que

el más alto, posee alguna habilidad y siente un agudo placer en ponerla a prueba, perfeccionarla y demostrarla. El mocosito que es superior a su compañero en los juegos es tan diligente y entusiasta en su práctica como el escultor, el pintor, el pianista, el matemático y los demás. Ninguno de ellos podría ser feliz si su talento fuera prohibido.

Ahora bien, ya tenéis los hechos. Sabéis lo que disfruta la raza humana y lo que no. Ha inventado un cielo de su propia cabeza, completamente por sí mismo: ¡adivina cómo es! En mil quinientos eternidades no se podría hacer. La mente más capaz que conozcamos, en cincuenta millones de eones, no podría hacerlo. Muy bien, os lo contaré.

1. Primero que nada, os recuerdo el extraordinario hecho con que empecé. A saber, que el ser humano, al igual que los inmortales, naturalmente sitúa el coito muy por encima de todos los demás placeres —sin embargo, lo ha dejado fuera de su cielo—. El solo pensamiento de ello lo excita; la oportunidad lo enloquece; en ese estado arriesgará la vida, la reputación, todo —incluso su singular cielo— para aprovechar esa oportunidad y llevarla al clímax abrumador. Desde la juventud hasta la mediana edad, todos los hombres y todas las mujeres valoran la copulación por encima de todos los demás placeres combinados, y sin embargo es, en realidad, como he dicho: no está en su cielo; la oración ocupa su lugar.

La valoran en demasía; pero, como todos sus llamados "dones", es algo pobre. En su máximo esplendor y duración, el acto es breve más allá de la imaginación —la imaginación de un inmortal, quiero decir. En lo que respecta a la repetición, el hombre es limitado —oh, muy por debajo de la concepción inmortal. Nosotros, que continuamos el acto y sus supremos éxtasis sin interrupción y sin pausa durante siglos, nunca podremos comprender ni compadecernos adecuadamente de la terrible pobreza de estos mortales en ese rico don que, poseído como lo poseemos nosotros, hace que todas las demás posesiones sean triviales y no valgan el esfuerzo de contarlas.

2. ¡En el cielo del hombre todos cantan! El hombre que no cantó en la tierra canta allí; el hombre que no pudo cantar en la tierra puede hacerlo allí. El canto universal no es casual, ni ocasional, ni se ve interrumpido por momentos de silencio; continúa, durante doce horas

seguidas, todos los días. Y todos permanecen; mientras que en la tierra el lugar quedaría vacío en dos horas. El canto consiste únicamente en himnos. No, es de un solo himno. Las palabras son siempre las mismas, en número son apenas una docena, no hay rima, no hay poesía: "¡Hosanna, hosanna, hosanna, Señor Dios de los ejércitos, 'rah! 'rah! 'rah! ¡siss! — ¡boom! ... ¡a-a-ah!"

3. Entretanto, cada persona toca el arpa — ¡esas millones y millones! —, mientras que en la tierra no más de veinte de cada mil podrían tocar un instrumento, ni siquiera lo hubieran querido.

¡Considerad el ensordecedor huracán de sonido — millones y millones de voces gritando al unísono y millones y millones de arpas rechinando a la vez! Os pregunto: ¿es espantoso, es odioso, es horrible?

Considerad además: se trata de un servicio de alabanza; un servicio de elogio, de adulación, de reverencia. ¿Queréis saber quién es el que está dispuesto a soportar este extraño elogio, esta insana adulación; y quién no solo lo soporta, sino que lo disfruta, lo exige, lo manda? ¡Contened la respiración!

¡Es Dios! Quiero decir, el dios de esta raza. Él se sienta en su trono, acompañado de sus veinticuatro ancianos y de otros dignatarios pertenecientes a su corte, y mira a lo lejos, sobre millas y millas de adoradores tempestuosos, y sonrío, ronronea y asiente con satisfacción hacia el norte, el este, el sur; un espectáculo tan pintoresco y sencillo como jamás se haya imaginado en este universo, me atrevo a decir.

Es fácil ver que el inventor de los cielos no fue el originador de la idea, sino que la copió de las ceremonias de algún lamentable y pequeño Estado soberano en algún rincón de los asentamientos del Oriente.

Todas las personas cuerdas y blancas odian el ruido; sin embargo, han aceptado tranquilamente este tipo de cielo — sin pensar, sin reflexión, sin examen — y en realidad desean ir a él. Los ancianos profundamente devotos y de cabellos canosos dedican gran parte de su tiempo a soñar con el feliz día en que dejarán atrás las preocupaciones de esta vida y entrarán en los gozos de ese lugar. Pero se nota lo irreal que les resulta, y lo poco que se les

antoja como hecho, pues no se preparan prácticamente para el gran cambio: jamás veréis a ninguno de ellos con un arpa, ni oiréis a alguno cantar.

Como habéis visto, ese singular espectáculo es un servicio de alabanza: alabanza por himno, alabanza por prosternación. Sustituye a la "iglesia." Ahora bien, en la tierra estas personas no pueden soportar mucha iglesia — una hora y cuarto es el límite, y lo dibujan una vez a la semana. Es decir, el domingo. Un día de cada siete; e incluso entonces no lo esperan con ansias. Y así —considerad lo que su cielo les proporciona: "iglesia" que dura para siempre, y un Sabbath que no tiene fin. Se cansan rápidamente de este breve Sabbath hebdomadal aquí, pero anhelan el eterno; lo sueñan, lo comentan, piensan que, piensan, van a disfrutar de él —con todo su sencillo corazón, piensan, piensan que serán felices en él.

Es porque no piensan en absoluto; solo piensan que piensan. Mientras que, en realidad, no pueden pensar; no hay dos seres humanos de cada diez mil que tengan algo con qué pensar. Y en cuanto a la imaginación —oh, bueno, ¡mirad su cielo! Lo aceptan, lo aprueban, lo admiran. Eso os da la medida de su intelecto.

4. El inventor de su cielo vierte en él a todas las naciones de la tierra, en un revoltijo común. Todas están en igualdad absoluta, ninguna se sitúa por encima de otra; deben ser "hermanos"; tienen que mezclarse, rezar juntos, tocar el arpa juntos, decir hosanna juntos —blancos, negros, judíos, todos — no hay distinción. Aquí en la tierra todas las naciones se odian entre sí, y cada una de ellas odia al judío. Sin embargo, toda persona piadosa adora ese cielo y quiere ir a él. De verdad lo desea. Y cuando está en un arrebatamiento sagrado piensa, piensa que si tan solo estuviera allí, acogería a toda la población en su corazón, ¡y abrazaría, y abrazaría, y abrazaría!

¡Es un prodigio —el hombre es! Ojalá supiera quién lo inventó.

5. Cada hombre en la tierra posee alguna porción de intelecto, grande o pequeña; y sea grande o pequeña, se enorgullece de ello. Además, su corazón se hincha al mencionar los nombres de los majestuosos jefes intelectuales de su raza, y adora la historia de sus espléndidos logros. Porque él es de su sangre, y al honrarse a sí mismos, se honran a sí mismo. ¡Mirad lo que la mente del hombre es capaz de hacer! clama, y

nombra a la ilustre lista de todas las épocas; y señala las literaturas imperecederas que han legado al mundo, y las maravillas mecánicas que han inventado, y las glorias con las que han engalanado la ciencia y las artes; y a ellos les rinde, como a reyes, la más profunda reverencia, y el corazón exultante le ofrece el homenaje más sincero —exaltando así el intelecto por encima de todas las cosas en el mundo, y entronizándolo allí, bajo los cielos abovedados, en una supremacía inalcanzable. Y luego ideó un cielo que no tiene ni rastro de intelectualidad en ninguna parte.

¿Es extraño, es curioso, es desconcertante? Es exactamente como he dicho, increíble por más que parezca. Este sincero adorador del intelecto y pródigo recompensador de sus poderosos servicios aquí en la tierra ha inventado una religión y un cielo que no rinden ningún homenaje al intelecto, que no le ofrecen distinciones, que no le conceden larguezas: de hecho, ni siquiera lo mencionan.

A estas alturas habréis notado que el cielo del ser humano ha sido ideado y construido sobre un plan absolutamente definido; y que ese plan consiste en que debe contener, en detalle laborioso, cada cosa imaginable que repugne a un hombre, ¡y no una sola cosa que a él le guste!

Muy bien, cuanto más avanzamos, más se hace evidente este curioso hecho.

Tenedlo en cuenta: en el cielo del hombre no hay ejercicios para el intelecto, nada con que éste vivir. Se pudriría allí en un año —se pudriría y apestaría. Pudrirse y apestar —y en esa etapa volverse sagrado. Una cosa bendita: porque sólo lo santo puede soportar los gozos de aquel alboroto.

## CARTA III

Habéis notado que el ser humano es una curiosidad. En tiempos pasados ha tenido (y agotado y desechado) cientos y cientos de religiones; hoy tiene cientos y cientos de religiones, y lanza no menos de tres nuevas cada año. Podría aumentar esa cifra y aún ceñirme a los hechos.

Una de sus religiones principales se llama la Cristiana. Un esbozo de ella os interesará. Se expone en detalle en un libro que contiene dos millones de palabras, llamado el Antiguo y el Nuevo Testamento. También tiene otro nombre —La Palabra de Dios. Pues el cristiano cree que cada palabra de él fue dictada por Dios —al que he estado mencionando.

Está lleno de interés. Tiene poesía noble en él; y algunas fábulas ingeniosas; y una historia manchada de sangre; y unas buenas moralejas; y una abundancia de obscenidades; y más de mil mentiras.

Esta Biblia se construyó principalmente a partir de los fragmentos de biblias más antiguas que tuvieron su momento y se desmoronaron. Por ello, carece notoriamente de originalidad, necesariamente. Sus tres o cuatro acontecimientos más imponentes e impresionantes ocurrieron todos en biblias anteriores; todos sus mejores preceptos y normas de conducta también provinieron de esas biblias; solo hay dos cosas nuevas en ella: el infierno, por una parte, y ese singular cielo del que ya os he hablado.

¿Qué haremos? Si creemos, junto con esa gente, que su Dios inventó esas cosas crueles, le calumniamos; si creemos que esa gente las inventó por sí misma, la calumniamos a ella. Es un dilema desagradable en cualquiera de los dos casos, pues ninguna de esas partes nos ha hecho daño.

Por el bien de la tranquilidad, tomemos partido. Unamos fuerzas con la gente y carguemos sobre ella toda la ingrata responsabilidad —cielo, infierno, Biblia y todo. No parece correcto, no parece justo; y sin embargo, cuando se considera el cielo, y lo abrumadoramente cargado que está de todo aquello que resulta repulsivo para un ser humano, ¿cómo podemos creer que lo inventó un humano? Y cuando llegue el momento de hablar del infierno, la mancha será aún mayor, y seguramente diréis: No, un hombre no podría crear tal lugar, ni para sí ni para nadie; simplemente no podría.

Esa inocente Biblia narra la Creación. ¿De qué —del universo? Sí, del universo. ¡En seis días!

Dios lo hizo. No lo llamó el universo —ese nombre es moderno. Toda Su atención se centró en este mundo. Lo construyó en cinco días —¡y luego! Le bastó un día para hacer veinte millones de soles y ochenta millones de planetas.

¿Cuál era el propósito —según esta idea? Proporcionar luz a este pequeño mundo-juguete. Ese era su único propósito; no tenía otro. Uno de los veinte millones de soles (el más pequeño) debía iluminarlo durante el día, y el resto debía ayudar a que una de las innumerables lunas del universo modificara la oscuridad de sus noches.

Es bastante evidente que creía que sus cielos recién hechos estaban sembrados de diamantes, con esas miríadas de estrellas titilantes, en el momento en que el sol del primer día se hundió bajo el horizonte; mientras que, de hecho, ni una sola estrella titiló en esa bóveda negra hasta tres años y medio después de que se hubieran completado las formidables industrias de esa semana memorable. Luego apareció una estrella, solitaria y única, y empezó a parpadear. Tres años más tarde apareció otra. Las dos parpadearon juntas durante más de cuatro años antes de que una tercera se uniera a ellas. Al final de los primeros cien años aún no había veinticinco estrellas titilando en los vastos páramos de esos sombríos cielos. Al final de mil años no se veían suficientes estrellas para formar un espectáculo. Al final de un millón de años solo la mitad del actual conjunto había enviado su luz sobre las fronteras telescópicas, y se necesitó otro millón para que las demás siguieran el ejemplo, según dice la frase vulgar. Puesto que en aquel tiempo no existía telescopio, su advenimiento no fue observado.

Desde hace trescientos años, el astrónomo cristiano sabe que su Deidad no hizo las estrellas en esos tremendos seis días; pero el astrónomo cristiano no amplía ese detalle. Tampoco lo hace el sacerdote.

En Su Libro, Dios es elocuente en sus alabanzas a Sus poderosas obras, y las nombra con los términos más grandiosos que puede hallar —indicando así que tiene una fuerte y justa admiración por las magnitudes; y sin embargo, hizo esos millones de prodigiosos soles para iluminar este pequeño orbe, en lugar de designar el diminuto sol de este orbe para que les sirviera. Menciona a Arcturus en Su libro —recordáis a Arcturus; fuimos allí una vez. ¡Es una de las lámparas nocturnas de la tierra! —ese globo gigante que es cincuenta mil veces mayor que el sol de la tierra, y se compara con él como un melón se compara con una catedral.

Sin embargo, la escuela dominical sigue enseñándole al niño que Arcturus fue creado para ayudar a iluminar esta tierra, y el niño crece y continúa creyéndolo mucho después de descubrir que las probabilidades están en contra de que así sea.

Según el Libro y sus servidores, el universo tiene apenas seis mil años. Solo en los últimos cien años, mentes estudiosas e inquisitivas han descubierto que se acerca a los cien millones.

Durante los Seis Días, Dios creó al hombre y a los otros animales.

Hizo un hombre y una mujer y los colocó en un jardín agradable, junto con las demás criaturas. Todos convivieron allí en armonía, contento y en juvenil florecimiento durante algún tiempo; luego llegaron los problemas. Dios había advertido al hombre y a la mujer que no debían comer del fruto de cierto árbol. Y añadió una observación muy extraña: dijo que si lo comían, ciertamente morirían. Extraño, pues, en cuanto que, al no haber visto jamás una muestra de muerte, no podían entender lo que quiso decir. Ni Él ni ningún otro dios hubieran podido hacer comprender a esos ignorantes niños lo que se pretendía, sin proporcionarles un ejemplo. La mera palabra no podría tener ningún significado para ellos, mucho menos que para un infante de pocos días.

Poco después, una serpiente los buscó en privado, y se les acercó caminando erguida, como era costumbre de las serpientes en aquellos días. La serpiente dijo que el fruto prohibido llenaría sus vacuas mentes de

conocimiento. Así lo comieron, lo que era bastante natural, pues el hombre está hecho de tal manera que desea saber con fervor; mientras que el sacerdote, como Dios, de quien es imitador y representante, se ha empeñado desde el principio en impedirle conocer algo útil.

Adán y Eva comieron del fruto prohibido, y de inmediato una gran luz irrumpió en sus opacas cabezas. Adquirieron conocimiento. ¿Qué conocimiento — conocimiento útil? No — simplemente conocimiento de que existían el bien y el mal, y de cómo hacer el mal. Antes no podían hacerlo. Por ello, todos sus actos hasta ese momento habían sido sin mancha, sin culpa, sin ofensa.

Pero ahora podían hacer el mal — y sufrir por ello; ahora habían adquirido lo que la Iglesia llama un tesoro invaluable, el Sentido Moral; ese sentido que diferencia al hombre de la bestia y lo sitúa por encima de ella. En lugar de estar debajo de la bestia — donde se supondría que estaría su lugar propio, ya que siempre es de mente turbia y culpable, y la bestia siempre de mente limpia e inocente. Es como valorar más un reloj que está destinado a fallar, por encima de uno que no puede hacerlo.

La Iglesia aún valora el Sentido Moral como el activo más noble del hombre hoy en día, aunque la Iglesia sabe que Dios tenía una opinión bastante pobre de él y hizo lo que pudo, a Su torpe modo, para impedir que Sus Felices Hijos del Jardín lo adquirieran.

Muy bien, Adán y Eva ahora sabían lo que era el mal, y cómo hacerlo. Sabían cómo cometer varios tipos de errores, y entre ellos uno principal — el que Dios tenía en mente principalmente. Ese era el arte y el misterio del coito. Para ellos fue un descubrimiento magnífico, y dejaron de holgazanear para dedicarle toda su atención, ¡pobres y exultantes jovencitos!

En medio de una de estas celebraciones oyeron a Dios caminando entre los arbustos, costumbre que tenía por las tardes, y se llenaron de terror. ¿Por qué? Porque estaban desnudos. No lo habían notado antes. No les había importado antes; tampoco a Dios.

En ese momento memorable nació la falta de modestia; y desde entonces algunas personas la han valorado, aunque ciertamente les resultaría desconcertante explicar por qué.

Adán y Eva entraron al mundo desnudos y sin vergüenza —desnudos y de mente pura; y ningún descendiente suyo ha entrado jamás de otra manera. Todos han entrado desnudos, sin vergüenza y limpios de mente. Han entrado de forma modesta. Tuvieron que adquirir la falta de modestia y la mente mancillada; no había otra forma de conseguirlo. La primera obligación de una madre cristiana es mancillar la mente de su hijo, y no lo descuida. Su pequeño crece para ser misionero, y va al salvaje inocente y al japonés civilizado, y mancilla sus mentes. En consecuencia, adoptan la falta de modestia, ocultan sus cuerpos, dejan de bañarse desnudos en compañía.

La convención, mal llamada modestia, no tiene estándar y no puede tenerlo, porque se opone a la naturaleza y a la razón, y por ello es una artificialidad y queda sujeta al capricho de cualquiera, al desvarío enfermo de cualquiera. Y así, en la India, la dama refinada se cubre el rostro y los pechos y deja las piernas desnudas desde la cadera hacia abajo, mientras que la dama refinada europea se cubre las piernas y expone el rostro y los pechos. En tierras habitadas por el salvaje inocente, la dama refinada europea pronto se acostumbra a la desnudez completa del nativo, y deja de sentirse ofendida por ello. Un conde y una condesa franceses altamente cultivados —sin relación entre sí— que quedaron varados en sus camiones, por un naufragio, en una isla deshabitada en el siglo XVIII, estuvieron desnudos durante una semana. Después, su desnudez ya no les molestó, y pronto dejaron de pensar en ello.

Nunca habéis visto a una persona vestida. Oh, bueno, no habéis perdido nada.

Pasemos a las curiosidades bíblicas. Naturalmente pensaréis que la amenaza de castigar a Adán y Eva por desobedecer no se llevó a cabo, ya que ellos no se crearon a sí mismos, ni sus naturalezas, ni sus impulsos ni sus debilidades, y por ende no estaban propiamente sujetos a las órdenes de nadie, y no eran responsables ante nadie por sus actos. Os sorprenderá saber que la amenaza se cumplió. Adán y Eva fueron castigados, y ese crimen encuentra hoy apología. La sentencia de muerte fue ejecutada.

Como veis, la única persona responsable de la ofensa de la pareja se salvó; y no solo se salvó, sino que se convirtió en el verdugo del inocente.

En vuestro país y en el mío tendríamos el privilegio de burlarnos de este tipo de moral, pero sería poco amable hacerlo aquí. Muchos de esos indi-

viduos poseen la facultad del razonamiento, pero nadie la utiliza en asuntos religiosos.

Las mentes más brillantes os dirán que cuando un hombre ha engendrado un hijo está moralmente obligado a cuidarlo con ternura, protegerlo de daños, resguardarlo de enfermedades, vestirlo, alimentarlo, soportar sus desatinos, no ponerle mano salvo con bondad y por su propio bien, y en ningún caso infligirle una crueldad desenfrenada. El trato de Dios hacia Sus hijos terrenales, día y noche, es exactamente lo opuesto a todo eso, y sin embargo esas mentes superiores justifican con vehemencia esos crímenes, los condonan, los excusan, y se niegan indignadas a considerarlos crímenes, cuando los comete. Vuestro país y el mío es interesante, pero no hay nada tan interesante como la mente humana.

Muy bien, Dios expulsó a Adán y Eva del Jardín, y eventualmente los asesinó. Todo por desobedecer una orden que no tenía derecho a emitir. Pero no se detuvo allí, como veréis. Tiene un código moral para sí mismo, y otro completamente distinto para Sus hijos. Exige a Sus hijos que traten con justicia —y con ternura— a los infractores, y que los perdonen setenta y siete veces; mientras que Él no actúa ni con justicia ni con ternura con nadie, y no perdonó a esa pareja de juveniles ignorantes ni siquiera su primera pequeña ofensa diciéndoles: "Esta vez os dejaré libres, y os daré otra oportunidad."

¡Al contrario! Eligió castigar a sus hijos, a lo largo de las edades hasta el fin de los tiempos, por una ofensa insignificante cometida por otros antes de que ellos nacieran. Aún los está castigando. ¿De manera leve? No, de modo atroz.

No creeríais que a este tipo de Ser se le hagan tantos elogios. Desengáñate: el mundo le llama el Todo Justo, el Todo Recto, el Todo Bueno, el Todo Misericordioso, el Todo Perdonador, el Todo Veraz, el Todo Amoroso, la Fuente de Toda Moralidad. Estos sarcasmos se pronuncian a diario, en todo el mundo. Pero no como sarcasmos conscientes. No, se dicen en serio: se emiten sin una sonrisa.

## CARTA IV

Así que la Primera Pareja salió del Jardín bajo una maldición —una maldición permanente. Habían perdido todos los placeres que poseían antes de "La Caída"; y sin embargo eran ricos, porque habían ganado uno que valía todo lo demás: conocían el Arte Supremo.

Lo practicaron con diligencia y se llenaron de satisfacción. La Deidad les ordenó practicarlo. Obedecieron, esta vez. Pero bien estaba que no estuviera prohibido, porque lo habrían practicado de todas formas, aunque mil Deidades lo hubieran prohibido.

Los resultados siguieron. Bajo el nombre de Caín y Abel. Y éstos tuvieron algunas hermanas; y supieron qué hacer con ellas. Y así hubo más resultados: Caín y Abel engendraron algunos sobrinos y sobrinas. Estos, a su vez, engendraron algunos primos segundos. En ese punto, la clasificación de relaciones comenzó a complicarse, y se abandonó el intento de mantenerla.

La labor agradable de poblar el mundo continuó de generación en generación, y con máxima eficiencia; pues en aquellos días felices los sexos aún eran competentes para el Arte Supremo cuando, por derecho, ya deberían haber muerto hace ochocientos años. El sexo más dulce, el sexo más querido, el sexo más encantador estaba manifiestamente en su mejor momento, pues incluso era capaz de atraer dioses. Dioses reales. Bajaron del cielo y pasaron tiempos maravillosos con esas jóvenes y ardientes flores. La Biblia lo narra.

Con la ayuda de esos extranjeros visitantes la población creció y creció hasta llegar a varios millones. Pero fue una decepción para la Deidad. Estaba insatisfecho con su moral; la cual, en ciertos aspectos, no era mejor que la Suya propia. De hecho, eran una imitación poco halagadora de la Suya. Eran un pueblo muy malo, y como no conocía manera de reformarlos, sabiamente concluyó abolirlos. Esta es la única idea verdaderamente ilustrada y superior que Su Biblia le ha atribuido, y le habría valido una reputación eterna si tan solo se hubiera ceñido a ella y la hubiera llevado a cabo. Pero siempre fue inestable —excepto en Sus anuncios—, y Su buena resolución se desmoronó. Se enorgullecía del hombre; el hombre era Su más fina invención; el hombre era Su mascota, después de la mosca doméstica, y no podía soportar perderlo por completo; así que finalmente decidió salvar una muestra de él y ahogar al resto.

Nada podría ser más característico de Él. Creó a toda esa gente infame, y solo Él era responsable de su conducta. Ninguno de ellos merecía la muerte, y sin embargo era, ciertamente, una buena política extinguirlos; sobre todo porque, al crearlos, ya se había cometido el crimen principal, y permitirles seguir reproduciéndose sería una adición al crimen. Pero al mismo tiempo no podía haber justicia, ni equidad, en ningún favoritismo —todos debían ser ahogados o ninguno.

No, no lo permitiría; salvaría a media docena y volvería a probar la raza. No pudo prever que se pudriría de nuevo, pues Él es solo el de Vista Lejana en Sus anuncios.

Salvó a Noé y a su familia, y dispuso exterminar al resto. Planeó un Arca, y Noé la construyó. Ninguno de los dos había construido jamás un Arca, ni sabía nada sobre Arcas; y así se podía esperar algo fuera de lo común. Sucedió. Noé era agricultor, y aunque sabía lo que se requería para el Arca, era bastante incompetente para decir si ésta sería lo suficientemente grande para cumplir los requisitos o no (lo cual no lo fue), por lo que se atrevió a dar ningún consejo. La Deidad no sabía que no era lo suficientemente grande, pero se arriesgó y no tomó medidas adecuadas. Al final, el barco quedó muy corto de lo necesario, y hasta el día de hoy el mundo sufre por ello.

Noé construyó el Arca. La hizo lo mejor que pudo, pero omitió la mayoría de lo esencial. No tenía timón, ni velas, ni brújula, ni bombas, ni cartas,

ni fonendoscopios, ni anclas, ni bitácora, ni luz, ni ventilación, y en cuanto al espacio para carga —que era lo principal—, cuanto menos se diga al respecto, mejor. Iba a estar en el mar once meses, y necesitaría agua dulce suficiente para llenar dos Arcas de su tamaño —sin embargo, la Arca adicional no fue proporcionada. No se podía utilizar agua del exterior: la mitad sería agua salada, y los hombres y los animales terrestres no podrían beberla.

Pues no solo se iba a salvar una muestra del hombre, sino también muestras comerciales de los otros animales. Debéis entender que cuando Adán comió la manzana en el Jardín y aprendió a multiplicarse y repoblar, los otros animales aprendieron el Arte, también, al observar a Adán. Fue astuto de su parte, fue ingenioso; pues obtuvieron todo lo que valía la pena de la manzana sin saborearla y sin afligirse con el desastroso Sentido Moral, la madre de todas las inmoralidades.

## CARTA V

Noé comenzó a recoger animales. Iba a haber una pareja de cada clase de criatura que anduviera o se arrastrara, o nadara o volara, en el mundo de la naturaleza animada. Tenemos que adivinar cuánto tardó en reunir a las criaturas y cuánto costó, pues no existe registro de esos detalles. Cuando Simacho se preparaba para presentar a su hijo a la vida adulta en la Roma imperial, envió hombres a Asia, a África y a todas partes para recoger animales salvajes para las peleas en el anfiteatro. A los hombres les tomó tres años acumular los animales y llevarlos a Roma. Meramente cuadrúpedos y caimanes, entendéis — sin aves, sin serpientes, sin ranas, sin gusanos, sin piojos, sin ratas, sin pulgas, sin garrapatas, sin orugas, sin arañas, sin moscas domésticas, sin mosquitos — nada más que simples cuadrúpedos y caimanes: y ningún cuadrúpedo salvo los de pelea. Sin embargo, como he dicho: les tomó tres años reunirlos, y el costo de los animales, el transporte y los sueldos de los hombres ascendió a \$4,500,000.

¿Cuántos animales? No lo sabemos. Pero fueron menos de cinco mil, pues ese fue el número más grande jamás reunido para aquellos espectáculos romanos, y fue Tito, no Simacho, quien hizo esa colección. Aquellos eran simples museos infantiles, comparados con el contrato de Noé. De aves, bestias y criaturas de agua dulce tuvo que recolectar 146,000 clases; y de insectos, más de dos millones de especies.

Miles y miles de esos animales son muy difíciles de capturar, y si Noé no se hubiera rendido y resignado, aún estaría en ello, como solía decir Levítico. Sin embargo, no quiero decir que se retiró. No, no lo hizo. Reunió tantas criaturas como pudo albergar, y luego se detuvo.

Si hubiera conocido todos los requerimientos desde el principio, habría sabido que se necesitaba una flota de Arcas. Pero no sabía cuántos tipos de criaturas existían, ni tampoco lo sabía Su Jefe. Así que no tuvo canguro, ni zarigüeya, ni monstruo de Gila, ni ornitorrinco, y le faltó una multitud de otras bendiciones indispensables que un Creador amoroso había provisto para el hombre y olvidado, ya que hace mucho habían vagado hacia un rincón de este mundo que Él nunca había visto y cuyos asuntos no conocía. Y así, casi todos estuvieron a un pelo de ser ahogados.

Solo escaparon por accidente. No había agua suficiente para todos. Solo se dispuso la cantidad necesaria para inundar una pequeña esquina del globo —el resto del globo entonces no se conocía, y se suponía que no existía.

Sin embargo, lo que realmente y definitivamente determinó a Noé a detenerse con suficientes especies por meras razones comerciales y dejar que el resto se extinguiera, fue un incidente de los últimos días: un forastero exaltado llegó con unas noticias sumamente alarmantes. Dijo que había estado acampando entre unas montañas y valles a unos seiscientos millas de distancia, y que allí había visto algo maravilloso: se encontraba sobre un precipicio con vistas a un amplio valle, y a lo largo del valle se extendía un inmenso mar negro de extraña vida animal. Pronto las criaturas pasaron, forcejeando, luchando, trepando, chillando, resoplando —horribles vastas masas de carne tumultuosa! Perezosos tan grandes como un elefante; ranas tan grandes como una vaca; un megaterio y su harem, enormes más allá de toda creencia; saurios y saurios y saurios, grupo tras grupo, familia tras familia, especie tras especie —cien pies de largo, treinta pies de alto, y el doble de beligerantes; uno de ellos golpeó con su cola a un toro de Durham, perfectamente impecable, y lo lanzó trescientos pies al aire, haciéndolo caer a los pies del hombre con un suspiro, y dejó de existir. El hombre dijo que esos prodigiosos animales habían oído hablar del Arca y venían. Venían para salvarse del diluvio. Y no venían en parejas, venían todos: decía el hombre, no sabían que los pasajeros estaban restringidos a parejas, y a ellos no les importaban las normas, de todos modos —navegarían en ese Arca o conocerían la razón. El hombre dijo que el Arca no podría albergar a la mitad de ellos; y además venían hambrientos, y se comerían todo lo que hubiera, incluyendo la menagerie y la familia.

Todos estos hechos fueron suprimidos en el relato bíblico. No se halla ni una pista de ellos allí. Todo está encubierto. Ni siquiera se mencionan los nombres de aquellas vastas criaturas. Esto demuestra que, cuando la gente ha dejado un hueco reprochable en un contrato, puede ser tan opaca en las Biblias como en cualquier otro lugar. Esos poderosos animales tendrían un valor incalculable para el hombre hoy, cuando el transporte es tan difícil y costoso, pero todos se le pierden. Todos se ahogaron. Algunos de ellos hace hasta ocho millones de años.

Muy bien, el forastero contó su historia, y Noé vio que debía irse antes de que llegaran los monstruos. Habría zarpado de inmediato, pero los tapiceros y decoradores del salón de estar de la mosca doméstica aún tenían algunos retoques finales que poner, y eso le costó un día. Otro día se perdió en subir las moscas a bordo, siendo sesenta y ocho mil millones de ellas y con la Deidad aún temerosa de que no hubiera suficientes. Otro día se perdió en almacenar cuarenta toneladas de suciedad seleccionada para el sustento de las moscas.

Finalmente, Noé zarpó; y no demasiado tarde, pues el Arca apenas se desvanecía en el horizonte cuando los monstruos llegaron, y añadieron sus lamentaciones a las de la multitud de padres y madres llorosos y pequeños asustados que se aferraban a las rocas azotadas por las olas en la lluvia torrencial, elevando oraciones suplicantes a un Ser Todo Justo, Todo Perdonador y Todo Compadecido que no había respondido a una sola oración desde que aquellas grietas se construyeron, grano a grano, a partir de las arenas, y que aún no habría respondido una cuando los tiempos las hubieran vuelto a convertir en arena.

## CARTA VI

El tercer día, alrededor del mediodía, se descubrió que se había quedado una mosca atrás. El viaje de regreso resultó largo y difícil, debido a la falta de cartas náuticas y brújula, y a los cambiantes aspectos de todas las costas, pues el agua, subiendo de forma constante, había sumergido algunos de los puntos de referencia más bajos y dotado a los más altos de un aspecto desconocido; pero después de dieciséis días de búsqueda sincera y fiel, al fin se encontró la mosca, y se la recibió a bordo con himnos de alabanza y gratitud, mientras que la Familia permanecía al descubierto, por reverencia a su origen divino. Estaba fatigada y desgastada, y había sufrido algo por el clima, pero en demás se hallaba en buen estado. Hombres y sus familias habían muerto de hambre en cumbres desoladas, pero a ella no le había faltado alimento, ya que los innumerables cadáveres la abastecían con una riqueza podrida y en descomposición. Así fue como el ave sagrada se conservó providencialmente.

Providencialmente. Esa es la palabra. Porque la mosca no había quedado atrás por accidente. No, la mano de la Providencia intervino. No hay accidentes. Todo lo que sucede, sucede con un propósito. Está previsto desde el principio de los tiempos, está ordenado desde el principio de los tiempos. Desde el alba de la Creación, el Señor había previsto que Noé, alarmado y confundido por la invasión de los prodigiosos fósiles breves, volaría prematuramente hacia el mar sin contar con cierta invaluable enfermedad. Tendría todas las demás enfermedades, y podría distribuirlas entre las nuevas razas de hombres a medida que aparecieran en el mundo, pero le faltaría una de las mejores: la fiebre tifoidea; una dolencia que, cuando las circun-

stancias son especialmente favorables, es capaz de arruinar completamente a un paciente sin matarlo, pues puede devolverle la capacidad de levantarse con una larga vida en él, y sin embargo dejarlo sordo, mudo, ciego, lisiado e idiota. La mosca doméstica es su principal dispersora, y es más competente y calamitosamente eficaz que todos los demás distribuidores del temido azote juntos. Y así, por preordenación desde el principio de los tiempos, a esta mosca se le dejó atrás para que buscara un cadáver con tifoidea y se alimentara de sus corrupciones, embadurnara sus patas de gérmenes y se los transmitiera al mundo repoblado para fines comerciales permanentes. De esa única mosca doméstica, en las eras transcurridas, se han llenado miles de millones de camas de hospital, se han enviado miles de millones de cuerpos destrozados tambaleándose por la tierra, y se han formado miles de millones de cementerios con los muertos.

Resulta muy difícil comprender la disposición del Dios bíblico, es una confusión de contradicciones; de inestabilidades acuosas e inquebrantable firmeza; de morales abstractos santurriones elaborados a base de palabras, y de morales, nacidos del infierno, concretos, hechos a base de actos; de bondad fugaz que se arrepiente en malignidades permanentes.

Sin embargo, cuando, después de mucho desconcierto, se llega a la clave de su disposición, al fin se alcanza una especie de entendimiento de ella. Con una franqueza muy pintoresca, juvenil y asombrosa, él mismo ha facilitado esa clave. ¡Es la envidia!

Espero que eso os deje sin aliento. Sabéis —pues ya os lo he dicho en una carta anterior— que entre los seres humanos la envidia ocupa, de manera distintiva, el rango de debilidad; una marca registrada de las mentes pequeñas; una propiedad de todas las mentes pequeñas, aunque es una propiedad de la que incluso la más pequeña se avergüenza; y cuando se le acusa de poseerla, la niega mentirosamente y se ofende ante la acusación, como si fuera un insulto.

Envidia. No lo olvidéis, tenedlo presente. Es la clave. Con ella llegaréis a comprender en parte a Dios a medida que avancemos; sin ella, nadie puede entenderlo. Como he dicho, él ha exhibido abiertamente esta traicionera clave, para que todos la vean. Dice, ingenua y francamente, sin atisbo de vergüenza: "Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso."

Veréis, es simplemente otra manera de decir: "Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios pequeño; un Dios pequeño, y obsesionado con las pequeñeces."

Estaba dando una advertencia: no podía soportar la idea de que otro Dios se llevara algunos de los cumplidos dominicales de esta cómica y pequeña raza humana —quería todos para sí. Los valoraba. Para él eran riquezas; tal como el dinero de hojalata lo es para un zulú.

Pero esperad —no soy justo; lo estoy tergiversando; el prejuicio me engaña y me hace decir lo que no es cierto. No dijo que quería todas las adulaciones; no dijo nada acerca de no estar dispuesto a compartirlas con sus compañeros dioses; lo que dijo fue: "No tendrás otros dioses delante de mí."

Es algo muy distinto, y lo pinta de una luz mucho mejor —lo confieso. Abundaban los dioses, los bosques estaban llenos de ellos, como dice el refrán, y lo único que exigía era que él fuese considerado tan alto como los demás —no por encima de ninguno, pero tampoco por debajo de ninguno. Estaba dispuesto a que ellos fertilizaran vírgenes terrenales, pero no en condiciones mejores de las que él mismo pudiera obtener en su momento. Quería ser considerado su igual. Esto lo insistía, en el lenguaje más claro: no tendría otros dioses delante de él. Podrían marchar a su lado, pero ninguno de ellos podría encabezar la procesión, y él no reclamaba el derecho de encabezarla él mismo.

¿Creéis que fue capaz de mantenerse en esa posición íntegra y respetable? No. Podía mantener una mala resolución para siempre, pero no podía mantener una buena durante un mes. Con el tiempo, desechó esa postura y, tranquilamente, se proclamó el único Dios de todo el universo.

Como iba diciendo, la envidia es la clave; a lo largo de toda su historia está presente y es prominente. Es la sangre y el hueso de su disposición, es la base de su carácter. ¡Qué cosa tan pequeña puede trastocar su compostura y desordenar su juicio si toca la fibra de su envidia! Y nada aviva este rasgo con tanta rapidez, seguridad y exageración como la sospecha de que se avecina alguna competencia con el "fideicomiso divino". El temor de que si Adán y Eva comieran del fruto del Árbol del Conocimiento "fuesen como dioses" encendió tan intensamente su envidia que su razón se vio afectada, y no pudo tratar a aquellas pobres criaturas ni con justicia ni con caridad, o incluso abstenerse de tratarlas de forma cruel y criminal, ni a su inmaculada posteridad.

Hasta el día de hoy su razón no se ha recuperado de ese shock; una salvaje pesadilla de sed de venganza lo ha poseído desde entonces, y casi ha quebrado sus ingenios nativos inventando dolores, miseria, humillaciones y desgarrones con los cuales amargar la breve vida de los descendientes de Adán. ¡Pensad en las enfermedades que ha ideado para ellos! Son innumerables; ningún libro podría nombrarlas todas. Y cada una es una trampa, tendida para una víctima inocente.

El ser humano es una máquina. Una máquina automática. Está compuesta de miles de mecanismos complejos y delicados, que desempeñan sus funciones de manera armoniosa y perfecta, de acuerdo con leyes ideadas para su gobierno, sobre las cuales el propio hombre no tiene autoridad, ni dominio, ni control. Para cada uno de esos miles de mecanismos el Creador ha planeado un enemigo, cuyo oficio es hostigarlo, importunarlo, perseguirlo, dañarlo, atormentarlo con dolores, miseria y destrucción final. No se ha pasado por alto ni uno.

Desde la cuna hasta la tumba, esos enemigos están siempre en acción; no conocen descanso, ni de día ni de noche. Son un ejército: un ejército organizado; un ejército asediador; un ejército agresor; un ejército que está alerta, vigilante, ansioso, despiadado; un ejército que nunca cede, que jamás concede una tregua.

Se mueve por escuadras, por compañías, por batallones, por regimientos, por brigadas, por divisiones, por cuerpos de ejército; en ocasiones agrupa sus partes y se abalanza sobre la humanidad con toda su fuerza. Es el Gran Ejército del Creador, y él es el Comandante en Jefe. A lo largo de su frente de batalla, sus espantosos estandartes ondean sus leyendas frente al sol: Desastre, Enfermedad y lo demás.

¡Enfermedad! Esa es la fuerza principal, la fuerza diligente, la fuerza devastadora. Ataca al infante en el momento de su nacimiento; le suministra una dolencia tras otra: crup, sarampión, paperas, problemas intestinales, dolores de dentición, escarlatina y otras especialidades infantiles. Persigue al niño hasta la juventud y le proporciona algunas dolencias propias de esa etapa de la vida. Persigue al joven hasta la madurez, a la madurez hasta la vejez, y a la vejez al sepulcro.

Con estos hechos ante vosotros, ¿intentáis adivinar ahora el apodo favorito del hombre para este fiero Comandante en Jefe? Os ahorraré el es-

fuerzo —pero no debéis reír. ¡Es Nuestro Padre Celestial!

Es curioso —la manera en que funciona la mente humana. El cristiano comienza con esta proposición directa, esta proposición definida, esta proposición inflexible e intransigente: Dios lo sabe todo y es todopoderoso.

Siendo así, nada puede suceder sin que él lo sepa de antemano; nada sucede sin su permiso; nada puede suceder que él decida prevenir.

¿Es eso lo suficientemente definitivo? Hace al Creador claramente responsable de todo lo que sucede, ¿no es así?

El cristiano lo concede en esa frase en cursiva. Lo concede con sentimiento, con entusiasmo.

Luego, habiendo hecho al Creador responsable de todos aquellos dolores, enfermedades y miserias enumeradas, y que él pudo haber evitado, el dotado cristiano, con parsimonia, lo llama ¡Nuestro Padre!

Así es como os lo digo. Dotó al Creador de cada rasgo propio de un demonio, y luego llega a la conclusión de que un demonio y un padre son lo mismo. Sin embargo, negaría que un lunático malévolo y un director de escuela dominical sean esencialmente lo mismo. ¿Qué pensáis de la mente humana? Quiero decir, en caso de que creáis que existe una mente humana.

## CARTA VII

Noé y su familia fueron salvados — si a eso se le puede llamar una ventaja. Digo "si", por el hecho de que nunca ha habido una persona inteligente de sesenta años que consienta vivir su vida de nuevo. Ni la suya ni la de otro. La Familia fue salvada, sí, pero no estaban cómodos, pues estaban repletos de microbios. Hasta las cejas; llenos de ellos, obesos de ellos, distendidos como globos. Era una condición desagradable, pero no se podía evitar, porque había que salvar suficientes microbios para proveer a las futuras razas humanas de enfermedades devastadoras, y a bordo sólo había ocho personas para funcionar como hoteles para ellos. Los microbios eran, por lejos, la parte más importante de la carga del Arca, y la parte de la que el Creador estaba más ansioso y más embobado. Tenían que contar con buena nutrición y con alojamientos agradables. Había gérmenes de fiebre tifoidea, gérmenes de cólera, gérmenes de hidrofobia, gérmenes de trismo, gérmenes de consumición, gérmenes de peste negra, y unos cientos de otros aristócratas, creaciones especialmente preciosas, portadores dorados del amor de Dios para el hombre, benditos regalos del Padre embobado para sus hijos — todos ellos tenían que ser alojados suntuosamente y atendidos ricamente; estos se ubicaban en los lugares más elegidos del interior que la Familia podía proporcionar: en los pulmones, en el corazón, en el cerebro, en los riñones, en la sangre, en las entrañas. En las entrañas, en particular. El intestino grueso era su lugar predilecto. Allí se reunían, por incontables miles de millones, y trabajaban, se alimentaban, se retorcían y cantaban himnos de alabanza y acción de gracias; y de noche, cuando todo estaba en silencio, se podía oír su suave murmullo. El intestino grueso era, en efecto, su cielo. Lo rellenaron a tope; lo hicieron tan rígido como un carrete de tu-

bería de gas. Se enorgullecían de ello. Su himno principal hacía referencia a ello con regocijo:

¡Estreñimiento, oh Estreñimiento,  
proclama con sonido gozoso  
hasta que la más remota entraña del hombre  
alabe el nombre de su Creador!

Los disgustos que proporcionaba el Arca eran muchos y variados. La familia tenía que vivir justo en presencia de los innumerables animales, respirar el angustioso hedor que estos producían y quedar ensordecidos día y noche por el fragor ensordecedor del rugido y del chillido que generaban; y, además de estas insoportables incomodidades, era un lugar especialmente penoso para las damas, pues no podían mirar en ninguna dirección sin ver a miles de criaturas ocupadas en multiplicarse y repoblarse. Y luego estaban las moscas. Invadían por doquier y acosaban a la Familia durante todo el día. Eran los primeros animales en levantarse por la mañana, y los últimos en retirarse por la noche. Pero no se debían matar, no se debían dañar, eran sagradas, su origen era divino, eran las mascotas especiales del Creador, sus consentidas.

Poco a poco, los demás animales se distribuirían aquí y allá por la tierra —dispersos: los tigres a la India, los leones y elefantes al desierto desolado y a los recónditos rincones de la jungla, las aves a las regiones infinitas del espacio vacío, los insectos a uno u otro clima, según la naturaleza y la necesidad; pero ¿la mosca? Ella no tiene nacionalidad; todos los climas son su hogar, todo el globo es su provincia, todas las criaturas que respiran son su presa, y para todas ellas es un azote y un infierno.

Para el hombre, ella es una embajadora divina, una ministra plenipotenciaria, la representante especial del Creador. Lo infesta en su cuna; se aferra en racimos a sus párpados gomosos; zumba, pica y lo hostiga, robándole el sueño y a su madre agotándole las fuerzas en aquellas largas vigiliass que dedica a proteger a su hijo de las persecuciones de esta plaga. La mosca hostiga al enfermo en su casa, en el hospital, incluso en su lecho de muerte en su último aliento. Lo molesta en sus comidas; antes caza a los pacientes que sufren de enfermedades repugnantes y mortales; se adentra en sus úlceras, embadurna sus patas con un millón de gérmenes mortíferos; luego

llega a la mesa de aquel hombre sano, se limpia en la mantequilla y descarga una cantidad de gérmenes tifoideos y excrementos sobre sus tortitas. La mosca doméstica destroza más constituciones humanas y destruye más vidas humanas que la multitud de mensajeros de la miseria y agentes de la muerte de Dios juntos.

Sem fue infestado de anquilostomas. Es asombroso el estudio minucioso y exhaustivo que el Creador dedicó a la gran obra de hacer miserable al hombre. He dicho que ideó un agente de aflicción especial para cada uno de los detalles de la estructura del hombre, sin pasar por alto ni uno, y he dicho la verdad. Mucha gente pobre ha tenido que andar descalza, porque no pueden permitirse zapatos. El Creador vio su oportunidad. Cabe mencionar, de pasada, que siempre tiene el ojo puesto en los pobres. Nueve décimas partes de sus inventos de enfermedades estaban destinados especialmente para los pobres, y ellos los reciben. Los acomodados solo obtienen lo que sobra. No me acuséis de hablar sin cuidado, porque no es así: la gran mayoría de los inventos de aflicción del Creador están diseñados especialmente para la persecución de los pobres. Se puede deducir esto por el hecho de que uno de los nombres más comunes y elocuentes que se le da al Creador en el púlpito es "El Amigo de los Pobres". Bajo ninguna circunstancia el púlpito le rinde al Creador un cumplido que contenga una pizca de verdad. El enemigo más implacable e incansable de los pobres es su Padre Celestial. El único verdadero amigo de los pobres es su prójimo. Él siente lástima por ellos, los compadece, y lo demuestra con sus hechos. Hace mucho para aliviar sus penas; y en cada caso, el Padre Celestial recibe el crédito por ello.

Lo mismo ocurre con las enfermedades. Si la ciencia extermina una enfermedad que ha estado funcionando para Dios, es Dios quien se lleva el crédito, y todos los púlpitos se lanzan en extáticos anuncios de agradecimiento y llaman la atención sobre lo bueno que es. ¡Sí, lo ha hecho! Tal vez haya esperado mil años antes de hacerlo. Eso no importa; el púlpito dice que él lo estuvo pensando todo el tiempo. Cuando los hombres exasperados se levantan y acaban con una tiranía centenaria y liberan a una nación, lo primero que hace el encantado púlpito es anunciarlo como obra de Dios, e invitar a la gente a arrodillarse y derramarle sus gracias. Y el púlpito dice, con emoción admirada: "Que los tiranos comprendan que el Ojo que nunca duerme está sobre ellos; y que recuerden que el Señor nuestro

Dios no será paciente para siempre, sino que desatará los torbellinos de su ira sobre ellos en el día señalado."

Olvidan mencionar que él es el más lento de todos los que se mueven en el universo; que su Ojo que nunca duerme, bien podría, ya que le toma un siglo ver lo que cualquier otro ojo vería en una semana; que en toda la historia no hay un solo caso en el que haya pensado primero en una noble acción, sino que siempre la pensó justo un poco después de que alguien más lo hizo y la ejecutó. Llega entonces, y se apropia de la ganancia.

Muy bien, hace seis mil años Sem estaba infestado de anquilostomas. De tamaño microscópico, invisibles al ojo desnudo. Todos los agentes de enfermedad especialmente mortales del Creador son invisibles. Es una idea ingeniosa. Durante miles de años impidió al hombre llegar a la raíz de sus males y frustró sus intentos de dominarlos. Solo muy recientemente la ciencia ha logrado exponer algunas de estas traiciones.

El más reciente de estos benditos triunfos de la ciencia es el descubrimiento e identificación del asesino emboscado que se conoce como el anquilostoma. Su presa especial son los pobres descalzos. Acecha en regiones cálidas y lugares arenosos y se introduce cavando en sus pies desprotegidos.

El anquilostoma fue descubierto hace dos o tres años por un médico, que había estado estudiando pacientemente a sus víctimas durante mucho tiempo. La enfermedad inducida por el anquilostoma había estado haciendo su mal trabajo aquí y allá en la tierra desde que Sem llegó a Ararat, pero nunca se sospechó que fuese una enfermedad. La gente que la padecía se suponía simplemente que era perezosa, y por ello era despreciada y objeto de burla, cuando en realidad debería compadecerse de ella. El anquilostoma es un invento particularmente furtivo y subrepticio, y ha cumplido su obra de forma encubierta durante eras; pero ese médico y sus ayudantes ahora lo exterminarán.

Dios está detrás de esto. Lo ha estado pensando durante seis mil años y se lo ha decidido. La idea de exterminar el anquilostoma fue suya. Llegó muy cerca de hacerlo antes de que lo hiciera el Dr. Charles Wardell Stiles. Pero él llega a tiempo para llevárselo el crédito. Siempre lo hace.

Va a costar un millón de dólares. Probablemente estaba a punto de contribuir con esa suma cuando un hombre se interpuso delante de él — como

de costumbre. El señor Rockefeller aporta el millón, pero el crédito irá a otro lado — como de costumbre. El diario de esta mañana nos dice algo sobre las operaciones del anquilostoma:

Los parásitos anquilostomados suelen reducir tanto la vitalidad de los afectados que retrasan su desarrollo físico y mental, los vuelven más susceptibles a otras enfermedades, hacen que el trabajo sea menos eficiente y, en las zonas donde la dolencia es más prevalente, aumentan considerablemente la tasa de mortalidad por consumición, neumonía, fiebre tifoidea y malaria. Se ha demostrado que la vitalidad reducida de multitudes, largamente atribuida a la malaria y al clima y que afecta gravemente al desarrollo económico, se debe en algunos distritos a este parásito. La enfermedad no se confina a ninguna clase en particular; cobra un peaje de sufrimiento y muerte tanto en los altamente inteligentes y acomodados como en los menos afortunados. Es una estimación conservadora que dos millones de nuestros ciudadanos se vean afectados por este parásito. La enfermedad es más común y grave en los niños en edad escolar que en otras personas.

Por extensa y grave que sea la infección, aún se vislumbra un pronóstico muy alentador. La enfermedad puede reconocerse fácilmente, tratarse de manera rápida y eficaz, y mediante simples y adecuadas precauciones sanitarias prevenirse con éxito [con la ayuda de Dios].

Los pobres, ya veis, están bajo el Ojo que nunca duerme. Han tenido esa mala suerte a lo largo de todas las eras. Ellos y "los pobres del Señor" — como dice la frase sarcástica — nunca han podido librarse de la atención de ese Ojo.

Sí, los pobres, los humildes, los ignorantes —ellos son los que la contraen. Tomad, por ejemplo, la "Enfermedad del Sueño" en África. Esta crueldad atroz tiene como víctimas a una raza de negros ignorantes e inofensivos que Dios situó en una remota región salvaje, y sobre los que posó su Ojo paternal —ese que nunca duerme cuando tiene ocasión de engendrar el dolor de alguien. Preparó a esa gente antes del Diluvio. El agente elegido fue una mosca, emparentada con la tse-tse; la tse-tse es una mosca que domina la región del Zambezi y apuña al ganado y a los caballos hasta matarlos, haciendo esa región inhabitable para el hombre. El terrible pariente de la tse-tse deposita un microbio que produce la Enfermedad del Sueño. Jamás Ham estuvo libre de esos microbios, y cuando terminó el via-

je, él los descargó en África y comenzó el caos, sin encontrar alivio hasta que pasaran seis mil años y la ciencia indagara en el misterio y descubriera la causa de la enfermedad. Las naciones piadosas ahora agradecen a Dios y lo alaban por haber acudido al rescate de sus pobres negros. El púlpito dice que el crédito se lo debe a él. Ciertamente es un Ser curioso. Comete un crimen terrible, continúa cometiéndolo sin interrupción durante seis mil años, y luego tiene derecho a recibir alabanzas porque sugiere a alguien más que modifique su severidad. Se le llama paciente, y ciertamente debe ser paciente, o hace siglos habría hundido el púlpito en la perdición por los horribles elogios que se le profiere.

La ciencia dice esto sobre la Enfermedad del Sueño, llamada también Letargo Negro:

Se caracteriza por periodos de sueño que se repiten a intervalos. La enfermedad dura de cuatro meses a cuatro años, y siempre es fatal. La víctima aparece al principio lánguida, débil, pálida y estúpida. Sus párpados se hinchan, aparece una erupción en su piel. Se queda dormida mientras habla, come o trabaja. A medida que la enfermedad progresa, se le dificulta la alimentación y se vuelve muy demacrada. La falta de nutrición y la aparición de úlceras en la cama son seguidas por convulsiones y muerte. Algunos pacientes enloquecen.

Es a él a quien la Iglesia y la gente llaman Nuestro Padre Celestial, quien ha inventado la mosca y se la ha enviado para infligir esta larga, triste, melancólica y lamentable miseria, y la decadencia del cuerpo y la mente, sobre un pobre salvaje que no ha hecho daño alguno a ese Gran Criminal. No hay en el mundo hombre que no compadezca a ese pobre negro sufriente, ni existe hombre que no lo restituya si pudiera. Para encontrar a la única persona que no tenga compasión por él, habréis de ir al cielo; para encontrar a la única persona que sea capaz de sanarlo y que no pueda ser persuadida para hacerlo, habréis de ir al mismo lugar. Sólo hay un padre lo suficientemente cruel como para afligir a su hijo con esa horrible enfermedad — sólo uno. No todos los eternos pueden producir otro. ¿Os agradan las indignaciones poéticas de reproche expresadas con calidez? Aquí tenéis una, salida del corazón de un esclavo:

La inhumanidad del hombre con el hombre  
hace llorar a incontables multitudes.

Os contaré una historia agradable que tiene un toque de patetismo. Un hombre se convirtió en religioso y le preguntó al cura qué debía hacer para ser digno de su nueva condición. El cura le dijo: "Imita a Nuestro Padre Celestial, aprende a ser como él." El hombre estudió diligente, exhaustiva y comprensiblemente su Biblia, y luego, con oraciones en busca de guía celestial, inició sus imitaciones. Engañó a su esposa para que cayera por las escaleras, y ella se fracturó la espalda y quedó paralítica de por vida; traicionó a su hermano, entregándolo a un ladrón, que le robó todo y lo dejó en el hospicio; inoculó a un hijo con anquilostomas, a otro con la Enfermedad del Sueño, a otro con gonorrea; proveyó a una hija de fiebre escarlata y la llevó a su adolescencia quedando sorda, muda y ciega de por vida; y tras ayudar a un bribón a seducir a la última, cerró las puertas contra ella y murió en un burdel maldiciéndolo. Luego se presentó ante el cura, quien dijo que de ninguna manera eso era imitar a Nuestro Padre Celestial. El converso preguntó en qué había fallado, pero el cura cambió de tema e indagó por el tipo de clima que hacía en su región.

## CARTA VIII

El hombre es, sin lugar a dudas, el tonto más interesante que existe. También el más excéntrico. No posee ni una sola ley escrita, ni en su Biblia ni fuera de ella, que tenga otro propósito e intención que limitar o derrotar la ley de Dios.

Rara vez es capaz de tomar un hecho claro y extraer de él algo que no sea un significado erróneo. No puede evitarlo; es la manera en que se construye la confusa mente que él llama suya. Considerad las cosas que admite y las curiosas conclusiones que saca de ellas.

Por ejemplo, admite que Dios hizo al hombre. Lo hizo sin el deseo humano de intimidad.

Esto parece, de forma clara e indiscutible, hacer a Dios —y solo a Dios— responsable de los actos del hombre. Pero el hombre lo niega.

Admite que Dios ha hecho perfectos a los ángeles, sin mancha, e inmunes al dolor y a la muerte, y que podría haber sido igualmente bondadoso con el hombre si lo hubiera deseado, pero niega que estuviera moralmente obligado a hacerlo.

Admite que el hombre no tiene derecho moral a visitar al hijo de su procreación con crueldades desenfrenadas, enfermedades dolorosas y muerte, pero se niega a limitar los privilegios de Dios en ese sentido con los hijos de su procreación.

La Biblia y los estatutos humanos prohíben el asesinato, el adulterio, la fornicación, la mentira, la traición, el robo, la opresión y otros crímenes,

pero sostienen que Dios está libre de estas leyes y tiene derecho a infringirlas cuando le plazca.

Admite que Dios da a cada hombre su temperamento, su disposición, al nacer; admite que el hombre no puede cambiar este temperamento por ningún proceso, sino que debe permanecer siempre bajo su dominio. Sin embargo, si en un caso está lleno de pasiones espantosas, y en el de otro está desprovisto de ellas, es correcto y racional castigar a uno por sus crímenes y premiar al otro por abstenerse del crimen.

Ahí —consideremos estas curiosidades.

Temperamento (Disposición)

Tomad dos extremos de temperamento —la cabra y la tortuga.

Ninguna de estas criaturas forja su propio temperamento, sino que nace con él, como el hombre, y no puede cambiarlo más de lo que el hombre puede.

El temperamento es la ley de Dios escrita en el corazón de cada criatura por la misma mano de Dios, y debe obedecerse, y se obedecerá a pesar de todas las leyes restrictivas o prohibitorias, vengan de donde vengan.

Muy bien, el deseo carnal es la característica dominante del temperamento de la cabra, la ley de Dios está en su corazón, y debe obedecerla y lo hará durante todo el día en la época de celo, sin detenerse para comer o beber. Si la Biblia le dijera a la cabra: "No fornicarás, no cometerás adulterio", incluso el hombre —hombre sin cabeza— reconocería la tontería de tal prohibición, y admitiría que la cabra no debería ser castigada por obedecer la ley de su Creador. Sin embargo, él considera correcto y justo que el hombre deba estar sometido a la prohibición. Todos los hombres. Todos por igual.

A simple vista, esto es absurdo, ya que, por su temperamento, que es la verdadera ley de Dios, muchos hombres son como cabras y no pueden evitar cometer adulterio cuando se les presenta la ocasión; mientras que hay otros que, por su temperamento, pueden mantener su pureza y dejar pasar la oportunidad si la mujer no les resulta atractiva. Pero la Biblia no permite el adulterio en absoluto, tanto si una persona puede evitarlo o no. No hace distinción entre cabra y tortuga —la cabra impulsiva, la cabra emocional, que tiene que cometer adulterio todos los días o se marchita y muere; y la tortuga, ese puritano frío y calmado, que solo acepta un gusto una vez cada dos

años y luego se duerme en medio de él y no se despierta durante sesenta días. Ninguna cabra hembra está a salvo del asalto criminal, ni siquiera en el Día de reposo, cuando hay una cabra macho a menos de tres millas a so-tavento y nada que se interponga salvo una cerca de catorce pies de altura, mientras que ni la tortuga macho ni la hembra tienen nunca tanto hambre de las solemnes alegrías de la fornicación como para romper el reposo y alcan-zarlas. Ahora, según el curioso razonamiento del hombre, la cabra ha mere-cido castigo, y la tortuga, elogio.

"No cometerás adulterio" es un mandato que no distingue entre las sigu-ientes personas. Todos deben obedecerlo:

Niños al nacer.

Niños en la cuna.

Niños en edad escolar.

Jóvenes y doncellas.

Adultos en formación.

Adultos recientes.

Mayores de 40.

De 50.

De 60.

De 70.

De 80.

De 90.

De 100.

El mandato no reparte su carga de manera equitativa, y no puede hacerlo.

No resulta difícil para los tres grupos de niños.

Es duro —más duro— aún más severo para los tres grupos siguientes —cruelmente duro.

Y se suaviza benditamente para los tres grupos siguientes.

Ya ha hecho todo el daño que puede, y bien podría darse de baja. Sin embargo, con una ridícula imbecilidad se continúa, y a las cuatro clases restantes se les impone su aplastante prohibición. Pobres viejos desamparados, no podrían desobedecerlo aunque quisieran. Y pensad —porque se abstienen santamente de adulterarse entre sí, reciben elogios por ello— lo cual es una tontería; pues incluso la Biblia sabe lo suficiente para entender que si el veterano de mayor edad pudiera recuperar por una hora su perdido esplendor, lanzaría ese mandamiento al viento y arruinaría a la primera mujer que encontrase, aunque fuese una completa desconocida.

Es como he dicho: cada estatuto en la Biblia y en los códigos legales es un intento de derrotar una ley de Dios —en otras palabras, una ley inalterable e indestructible de la naturaleza. El Dios de esta gente les ha mostrado mediante un millón de actos que no respeta ninguno de los estatutos de la Biblia. Él rompe cada uno de ellos él mismo, el adulterio incluido.

La ley de Dios, expresada de forma bastante clara en la constitución de la mujer, es esta: No se impondrá ningún límite a tus relaciones sexuales con el sexo opuesto, en ningún momento de la vida.

La ley de Dios, expresada de forma bastante clara en la constitución del hombre, es esta: Durante toda tu vida estarás sometido a límites y restricciones inflexibles, sexualmente.

Durante veintitrés días de cada mes (en ausencia de embarazo), desde que una mujer tiene siete años hasta que muere de vejez, está lista para la acción y es competente. Tan competente como lo es el candelabro para recibir la vela. Competente todos los días, competente todas las noches. Además, ella desea esa vela —la anhela, la codicia, la necesita, según lo manda la ley de Dios en su corazón.

Pero el hombre es competente solo de forma breve; y únicamente en la medida moderada que corresponde a su género. Es competente desde los dieciséis o diecisiete años durante treinta y cinco años. Después de los cincuenta, su rendimiento es de mala calidad, los intervalos se hacen largos, y sus satisfacciones no tienen gran valor para ninguna de las partes; mientras que su tatarabuela está tan buena como nueva. No hay nada malo con su planta. Su candelabro está tan firme como siempre, mientras que su vela se ablanda y debilita cada vez más con el paso del tiempo, hasta que por fin ya

no puede sostenerse, y se despide con tristeza, en la esperanza de una bendita resurrección que nunca llegará.

Según la constitución de la mujer, su planta debe estar inactiva tres días al mes, y durante parte de su embarazo. Esos son tiempos de incomodidad, a menudo de sufrimiento. Como justa y equitativa compensación, tiene el alto privilegio del adulterio ilimitado todos los demás días de su vida.

Esa es la ley de Dios, revelada según su constitución. ¿Qué pasa con este alto privilegio? ¿Lo disfruta libremente? No. En ninguna parte del mundo. Se lo roban en todas partes. ¿Quién hace esto? El hombre. Los estatutos humanos —si la Biblia es la Palabra de Dios.

Ahí tenéis una muestra de los "poderes de razonamiento" del hombre, como él los llama. Observa ciertos hechos. Por ejemplo, que en toda su vida nunca ve el día en que pueda satisfacer a una mujer; y, además, que ninguna mujer ve el día en que no pueda sobreexigir y derrotar, y dejar inservibles a diez plantas masculinas que podrían dormirse a su antojo. Junta esos hechos sorprendentemente sugestivos y luminosos, y de ellos extrae esta asombrosa conclusión: El Creador quiso que la mujer estuviese restringida a un solo hombre.

Así concreta esa singular conclusión en ley, para bien de todos.

Y lo hace sin consultar a la mujer, a pesar de que ella tiene mil veces más en juego en el asunto que él. Su capacidad procreativa se limita a un promedio de cien encuentros al año durante cincuenta años, la de ella alcanza los tres mil al año durante todo ese tiempo —y tantos años más como viva. Así, su interés vital en el asunto es de cinco mil oportunidades, mientras que el de ella es de ciento cincuenta mil; y, sin embargo, en lugar de dejar de manera justa y honorable la creación de la ley a quien tiene un interés abrumador en ello, este inmenso cerdo, que no tiene nada en juego que valga la pena considerar, se lo impone él mismo.

Hasta ahora habéis descubierto, con mis enseñanzas, que el hombre es un tonto; ahora sabéis que la mujer es una condenada tonta.

Si tú, o cualquier otra persona realmente inteligente, estuviera organizando la equidad y la justicia entre hombre y mujer, darías al hombre un interés de una cincuentava parte sobre una mujer, y a la mujer un harén. ¿No sería así? Necesariamente. Os doy mi palabra, que esta criatura con la vela mar-

chita lo ha dispuesto exactamente al revés. Salomón, quien fue uno de los favoritos de la Deidad, tenía un gabinete copulador compuesto por setecientas esposas y trescientas concubinas. Para salvar su vida no podría haber mantenido dos de estas jóvenes criaturas satisfactoriamente nutridas, aunque hubiese tenido a quince expertos para ayudarlo. Necesariamente casi todo el millar tuvo que pasar hambre durante años y años. Imaginad a un hombre lo suficientemente duro de corazón como para ver diariamente todo ese sufrimiento sin sentirse conmovido para mitigarlo. Incluso añadió, de forma arbitraria, un agudo dolor a esa patética miseria; pues mantenía siempre a la vista de aquellas mujeres vigilantes robustas cuyas espléndidas formas masculinas hacían que las pobres jovencitas se les hicieran la boca agua, pero que no tenían nada con qué consolar a un candelabro. Estos caballeros eran eunucos. Un eunuco es una persona a quien le han apagado la vela. Por arte.

De vez en cuando, a medida que avance, tomaré algún estatuto bíblico y os mostraré que siempre viola una ley de Dios, y luego se introduce en los códigos legales de las naciones, donde continúa violándolas. Pero esas cosas perdurarán; no hay prisa.

## CARTA IX

El Arca continuó su viaje, a la deriva por aquí y por allá, sin brújula ni control, presa de los vientos azarosos y de las corrientes turbulentas. ¡Y la lluvia, la lluvia, la lluvia! Seguía cayendo, torrencial, empapando, inundando. Nunca se había visto una lluvia así. Se había oído hablar de dieciséis pulgadas al día, pero eso no se comparaba con esto. Esto era de ciento veinte pulgadas al día — ¡diez pies! A ese ritmo increíble llovió cuarenta días y cuarenta noches, e inundó cada colina de cuatrocientos pies de altura. Entonces, los cielos e incluso los ángeles se secaron; ya no se consiguió más agua.

Como diluvio universal fue una decepción, pero antes había habido un montón de diluvios universales, como lo atestiguan todas las Biblias de todas las naciones, y este fue tan bueno como el mejor de ellos.

Por fin, el Arca se elevó y reposó sobre el Monte Ararat, a diecisiete mil pies sobre el valle, y su carga viviente salió y descendió la montaña.

Noé plantó una viña, bebió el vino y se embriagó.

Esta persona había sido seleccionada entre todas las poblaciones porque era la mejor muestra que había. Iba a reiniciar la raza humana sobre una nueva base. Esta era la nueva base. La promesa era mala. Continuar con el experimento suponía correr un gran e imprudente riesgo. Era el momento de hacer con estas personas lo que se había hecho tan juiciosamente con las demás — ahogarlas. Cualquiera, excepto el Creador, lo habría visto. Pero él no lo vio. Es decir, quizá no lo vio.

Se afirma que desde el principio de los tiempos previó todo lo que sucedería en el mundo. Si eso es cierto, previó que Adán y Eva comerían la manzana; que su posteridad sería insoportable y tendría que ser ahogada; que la posteridad de Noé, a su vez, sería insoportable, y que, tarde o temprano, tendría que abandonar su trono en el cielo y bajar para ser crucificado, a fin de salvar, de nuevo, a esa misma agotadora raza humana. ¿Todo? ¡No! ¿Una parte? Sí. ¿Gran parte? En cada generación, durante cientos y cientos de generaciones, moriría un billón y todos se condenarían, salvo quizás diez mil de cada billón. Esos diez mil tendrían que provenir del pequeño cuerpo de cristianos, y solo uno de cada cien de ese pequeño cuerpo tendría alguna oportunidad. Ninguno, excepto aquellos católicos romanos que tuvieran la suerte de contar con un cura a mano para lijarles el alma en su último suspiro, y aquí y allá algún presbiteriano. Nadie más sería salvable. Todos los demás, condenados. Por millones.

¿Concederéis que él previó todo esto? El púlpito lo concede. Es lo mismo que admitir que, en materia de intelecto, la Deidad es el Mendigo Supremo del Universo, y que en cuanto a moral y carácter se sitúa tan bajo como David.

## CARTA X

Los dos Testamentos son interesantes, cada uno a su manera. El Antiguo nos ofrece una imagen de la Deidad de este pueblo tal como era antes de que llegara la religión, y el otro nos muestra la imagen de Él tal como apareció después. El Antiguo Testamento se interesa principalmente por la sangre y la sensualidad. El Nuevo, por la Salvación. Salvación por el fuego.

La primera vez que la Deidad bajó a la tierra, trajo la vida y la muerte; cuando bajó por segunda vez, trajo el infierno.

La vida no era un don valioso, pero la muerte sí lo era. La vida era un sueño febril compuesto de gozos amargados por penas, placer envenenado por el dolor, un sueño que era una confusión de pesadillas de deleites espasmódicos y fugaces, éxtasis, exultaciones, felicidades, entremezcladas con miserias prolongadas, aflicciones, peligros, horrores, desilusiones, derrotas, humillaciones y desesperaciones — la maldición más pesada que la inventiva divina pueda idear; pero la muerte era dulce, la muerte era suave, la muerte era bondadosa; la muerte curaba el espíritu magullado y el corazón roto, y les daba descanso y olvido; la muerte era la mejor amiga del hombre; cuando el hombre ya no podía soportar la vida, la muerte llegaba y lo liberaba.

Con el tiempo, la Deidad percibió que la muerte era un error; un error, en cuanto resultaba insuficiente; insuficiente, por la razón de que, si bien era un admirable agente para infligir miseria al superviviente, permitía que el difunto escapase de toda persecución adicional en el bendito refugio de la

tumba. Esto no era satisfactorio. Había que idear una forma de perseguir a los muertos más allá del sepulcro.

La Deidad meditó sobre este asunto durante cuatro mil años sin éxito, pero tan pronto como bajó a la tierra y se convirtió en cristiano, su mente se aclaró y supo qué hacer. Inventó el infierno y lo proclamó.

Ahora bien, aquí hay algo curioso. Todo el mundo cree que, mientras estaba en el cielo, era severo, duro, resentido, celoso y cruel; pero que cuando bajó a la tierra y asumió el nombre de Jesucristo, se volvió lo opuesto a lo que era antes: es decir, se volvió dulce, amable, misericordioso, perdonador, y toda aspereza desapareció de su naturaleza, siendo sustituida por un amor profundo y ansioso por sus pobres hijos humanos. ¡Y sin embargo, fue como Jesucristo que ideó y proclamó el infierno!

Esto quiere decir que, como el Salvador manso y apacible, fue mil millones de veces más cruel que nunca lo fue en el Antiguo Testamento —oh, incomparablemente más atroz que en sus peores momentos de aquellos viejos tiempos.

¿Manso y apacible? Más adelante examinaremos este sarcasmo popular a la luz del infierno que él inventó.

Aunque es cierto que se le debe reconocer a Jesús, el inventor del infierno, la palma de la malignidad, era lo bastante duro y poco amable para todos los propósitos divinos incluso antes de convertirse en cristiano. No parece que haya detenido jamás su reflexión sobre que él debía culparse a sí mismo cuando un hombre se desviaba, en la medida en que el hombre actuaba meramente de acuerdo con la disposición con la que lo había afligido. No, él castigaba al hombre, en lugar de castigarse a sí mismo. Además, el castigo solía ser desproporcionado a la falta. A menudo, también, caía, no sobre el autor de una mala acción, sino sobre alguien más —un hombre principal, el jefe de una comunidad, por ejemplo.

Y habitó Israel en Sitim, y el pueblo comenzó a cometer prostitución con las hijas de Moab.

Y el Señor dijo a Moisés: Toma todas las cabezas del pueblo, y cuélgalas delante del Señor contra el sol, para que se aparte de Israel el ira fiera del Señor.

¿Os parece justo? No parece que las “cabezas del pueblo” hayan participado en el adulterio, y sin embargo son ellas las que se cuelgan, en lugar de “el pueblo.”

Si fue justo y correcto en aquel entonces, sería igual de justo y correcto hoy, pues el púlpito sostiene que la justicia de Dios es eterna e inmutable; además, que Él es la Fuente de la Moral, y que su moral es eterna e inmutable. Muy bien, entonces, debemos creer que si el pueblo de Nueva York comenzase a cometer prostitución con las hijas de Nueva Jersey, sería justo y correcto instalar una horca frente al ayuntamiento y colgar en ella al alcalde, al sheriff, a los jueces y al arzobispo, aunque ellos no tuvieran parte en ello. A mí no me parece justo.

Además, podéis estar seguros de una cosa: eso no podría suceder. Esa gente no lo permitiría. Son mejores que su Biblia. Nada sucedería aquí, salvo algunas demandas por daños, si el incidente no pudiera ser encubierto; e incluso en el Sur no procederían contra personas que no tuvieran parte en ello; buscarían una cuerda y rastrearían a los implicados, y si no los encontraban, lincharían a un negro.

Las cosas han mejorado enormemente desde la época del Todopoderoso, diga el púlpito lo que quiera.

¿Examinad más a fondo la moral y la disposición de la Deidad? ¿Y recordaréis que en la escuela dominical se insta a los niños a amar al Todopoderoso, honrarlo, alabarlos, y hacer de Él su modelo, tratando de ser tan parecidos a Él como puedan? Leed:

1 Y el Señor habló a Moisés, diciendo:

2 Venga la venganza de los hijos de Israel contra los madianitas; después serás reunido con tu pueblo...

7 Y pelearon contra los madianitas, como el Señor ordenó a Moisés; y mataron a todos los varones.

8 Y mataron a los reyes de Madian, además del resto de los que fueron abatidos; a saber: Evi, y Rekem, y Zur, y Hur, y Reba, cinco reyes de Madian: a Balaam, hijo de Beor, también lo mataron a espada.

9 Y los hijos de Israel tomaron cautivas a todas las mujeres de Madian, y a sus pequeños, y tomaron el botín de todo su ganado, y de todas sus ovejas,

y de todos sus bienes.

10 Y quemaron todas sus ciudades en que habitaban, y todos sus castillos señoriales, con fuego.

11 Y tomaron todo el botín, y toda la presa, tanto de hombres como de bestias.

12 Y llevaron a los cautivos, y la presa, y el botín a Moisés, y a Eleazar el sacerdote, y a la congregación de los hijos de Israel, al campamento en las llanuras de Moab, que están junto al Jordán, cerca de Jericó.

13 Y Moisés, y Eleazar el sacerdote, y todos los príncipes de la congregación, salieron a recibirlos fuera del campamento.

14 Y Moisés se enojó con los oficiales del ejército, con los capitanes de millares, y con los capitanes de centenas, que vinieron de la batalla.

15 Y Moisés les dijo: ¿Habéis salvado a todas las mujeres vivas?

16 Mirad, éstas hicieron que los hijos de Israel, por el consejo de Balaam, cometieran transgresión contra el Señor en lo relativo a Peor, y se desató entre la congregación del Señor una plaga.

17 Ahora, pues, matad a todo varón entre los pequeños, y a toda mujer que haya conocido a algún hombre, acostándose con él.

18 Pero a todas las mujeres jóvenes, que no hayan conocido a ningún hombre acostándose con él, preservadlas para vosotros.

19 Y estad sin salir del campamento durante siete días: cualquiera que haya matado a alguna persona, y cualquiera que haya tocado a alguno de los muertos, purificaos vosotros y vuestros cautivos en el tercer día y en el séptimo.

20 Y purificad todos vuestros vestidos, y todo lo que sea de pieles, y todo trabajo de pelo de cabra, y todas las cosas de madera.

21 Y Eleazar el sacerdote dijo a los hombres de guerra que habían ido a la batalla: Esta es la ordenanza de la ley que el Señor mandó a Moisés...

25 Y el Señor habló a Moisés, diciendo:

26 Toma la suma del botín que fue tomado, tanto de hombre como de bestia, tú, y Eleazar el sacerdote, y los príncipes de la congregación:

27 Y reparte el botín en dos partes; entre los que salieron a la batalla, y entre toda la congregación:

28 Y levanta un tributo al Señor de los hombres de guerra que salieron a la batalla...

31 Y Moisés y Eleazar el sacerdote hicieron conforme a lo que el Señor mandó a Moisés.

32 Y el botín, que era el resto de la presa que habían tomado los hombres de guerra, fue de seiscientos mil, y setenta mil, y cinco mil ovejas,

33 Y de sesenta y doce mil bueyes,

34 Y de sesenta y un mil asnos,

35 Y de treinta y dos mil personas en total, de mujeres que no habían conocido a ningún hombre acostándose con él...

40 Y las personas fueron dieciséis mil; de las cuales el tributo del Señor fue de treinta y dos.

41 Y Moisés dio el tributo, que era la ofrenda mayor del Señor, a Eleazar el sacerdote, conforme a lo que el Señor mandó a Moisés.

47 Incluso de la mitad de los hijos de Israel, Moisés tomó una porción de cincuenta, tanto de hombre como de bestia, y se la dio a los levitas, que guardaban la custodia del tabernáculo del Señor; según lo que el Señor mandó a Moisés.

10 Cuando te acerques a una ciudad para combatir contra ella, proclama la paz para ella...

13 Y cuando el Señor tu Dios la entregue en tus manos, herirás a todo varón con el filo de la espada:

14 Pero a las mujeres, a los pequeños, al ganado, y a todo lo que haya en la ciudad, incluso a todo el botín, te lo llevarás para ti; y comerás el botín de tus enemigos, que el Señor tu Dios te ha dado.

15 Así harás con todas las ciudades que estén muy alejadas de ti, que no pertenecen a las ciudades de estas naciones.

16 Pero de las ciudades de este pueblo, que el Señor tu Dios te da por heredad, no salvarás de nada lo que respire.

La ley bíblica dice: "No matarás."

La ley de Dios, plantada en el corazón del hombre al nacer, dice: "Matarás."

El capítulo que he citado os muestra que el estatuto del libro es, una vez más, un fracaso. No puede anular la ley más poderosa de la naturaleza.

Según la creencia de esta gente, fue el propio Dios quien dijo: "No matarás."

Entonces, es evidente que Él no puede guardar Sus propios mandamientos.

Mató a toda esa gente —a cada varón.

Habían ofendido a la Deidad de alguna manera. Sabemos cuál fue la ofensa, sin necesidad de examinarlo; es decir, sabemos que fue algo trivial; alguna cosa pequeña a la que nadie, excepto un dios, le daría importancia. Es muy probable que un madianita hubiera estado imitando la conducta de un Onán, a quien se le mandó "acostarse con la esposa de su hermano" —lo cual hizo; pero en lugar de completarlo, "derramó su semen en la tierra." El Señor mató a Onán por eso, porque el Señor jamás podía tolerar la indecencia. El Señor mató a Onán, y hasta hoy el mundo cristiano no puede entender por qué se detuvo con Onán, en lugar de matar a todos los habitantes en un radio de trescientas millas —siendo inocentes de ofensa, y por ello, justamente, los que habitualmente Él mataría. Porque esa siempre había sido su idea de trato justo. Si hubiera tenido un lema, habría sido: "Que ningún inocente se salve." Recordad lo que hizo en la época del diluvio. Había multitud y multitud de pequeños niños, y Él sabía que nunca le habían hecho daño; pero sus parientes sí, y eso le bastaba: veía las aguas subir hacia sus labios gritando, veía el terror salvaje en sus ojos, veía aquella agonía suplicante en los rostros de las madres que habría conmovido a cualquier corazón menos al suyo, pero estaba particularmente tras los inocentes, y por ello ahogaba a esos pobres chiquititos.

Y recordaréis que, en el caso de la posteridad de Adán, todos los miles de millones son inocentes —ninguno tuvo parte en Su ofensa, pero la Deidad los considera culpables hasta hoy. Ninguno se libra, salvo reconociendo esa culpa —ninguna mentira barata funcionará.

Algún madianita debió haber repetido el acto de Onán, y haber traído esa terrible catástrofe sobre su nación. Si esa no fue la indecencia que indignó los sentimientos de la Deidad, entonces sé lo que fue: algún madianita estuvo orinando contra la pared. Estoy seguro de ello, pues esa fue una impropiedad que la Fuente de toda Etiqueta jamás pudo tolerar. Una persona podría orinar contra un árbol, orinar sobre su madre, orinar sobre sus propios pantalones, y salirse con la suya, pero no debe orinar contra la pared — eso sería ir demasiado lejos. No se establece el origen del prejuicio divino contra este humilde crimen; pero sabemos que el prejuicio era muy fuerte — tan fuerte que nada menos que una masacre total de la gente que habitaba la región donde se mancilló la pared podría satisfacer a la Deidad.

Tomad el caso de Jeroboam. "Cortaré de Jeroboam al que orine contra la pared." Se hizo. Y no solo fue cortado el hombre que lo hizo, sino todos los demás.

Lo mismo ocurrió con la casa de Baasha: todos fueron exterminados, parientes, amigos y todo, dejando "ni uno que orine contra una pared."

En el caso de Jeroboam tenemos un ejemplo sorprendente de la costumbre de la Deidad de no limitar sus castigos solo a los culpables; los inocentes se incluyen. Incluso el "remanente" de esa infeliz casa fue eliminado, "como cuando se retira el estiércol, hasta que todo se haya ido." Eso incluye a las mujeres, a las jóvenes criadas y a las niñas pequeñas. Todas inocentes, pues no pueden orinar contra una pared. Nadie de ese sexo puede. Solo los del sexo opuesto pueden lograr esa hazaña.

Un curioso prejuicio. Y aún existe. Los padres protestantes siguen teniendo la Biblia a mano en casa, para que los niños la estudien, y una de las primeras cosas que aprenden los pequeños es a ser justos y santos y a no orinar contra la pared. Estudian esos pasajes más que cualquier otro, salvo aquellos que incitan a la masturbación. Esos los buscan y estudian en privado. Ningún niño protestante existe que no se masturbe. Ese arte es el primer logro que su religión le confiere. Y también el primero que su religión le confiere a ella.

La Biblia tiene esta ventaja sobre todos los demás libros que enseñan refinamiento y buenos modales: que llega al niño. Llega a la mente en su etapa más impresionable y receptiva — los otros deben esperar.

"Tendrás una paleta en tu arma; y será, cuando te alivies en el exterior, cavarás con ella, y volverás para cubrir aquello que de ti proceda."

Esa regla se hizo en los viejos tiempos porque "El Señor tu Dios camina en medio de tu campamento."

Probablemente no valga la pena tratar de averiguar, con certeza, por qué se exterminaron a los madianitas. Solo podemos estar seguros de que no fue por una ofensa grave; pues los casos de Adán, del Diluvio y de los mancilladores de la pared nos enseñan mucho en ese sentido. Un madianita pudo haber olvidado su paleta en casa y así provocado el problema. Sin embargo, no importa. Lo principal es el problema en sí, y las morales de una forma u otra que ofrece para la instrucción y elevación del cristiano de hoy.

Dios escribió sobre las tablas de piedra: "No matarás", y también: "No cometerás adulterio".

Pablo, hablando por la voz divina, aconsejó abstenerse por completo de las relaciones sexuales. Un gran cambio respecto a la visión divina tal como existía en la época del incidente madianita.

# CARTA XI

La historia humana en todas las épocas está teñida de sangre, amarga de odio y manchada de crueldades; pero no desde tiempos bíblicos estas características han carecido de algún tipo de límite. Incluso la Iglesia, a la que se le atribuye haber derramado más sangre inocente, desde el comienzo de su supremacía, que todas las guerras políticas juntas, ha observado un límite. Un cierto límite. Pero notad que cuando el Señor Dios de los Cielos y de la Tierra, adorado Padre del Hombre, va a la guerra, no existe límite. Es totalmente desprovisto de piedad—él, que es llamado la Fuente de la Misericordia. ¡Mata, mata, mata! A todos los hombres, a todas las bestias, a todos los niños, a todos los bebés; y también a todas las mujeres y a todas las niñas, excepto aquellas que no han sido desfloradas.

No hace distinción entre inocentes y culpables. Los bebés eran inocentes, las bestias eran inocentes, muchos de los hombres, muchas de las mujeres, muchos de los niños y muchas de las niñas eran inocentes, y sin embargo tenían que sufrir junto a los culpables. Lo que el insano Padre requería era sangre y miseria; era indiferente a quién la proporcionara.

El castigo más severo de todos fue impuesto a aquellas personas que, de ninguna manera, podían haber merecido tan horrible destino—las 32.000 vírgenes. Sus intimidades desnudas fueron escrutadas, para asegurarse de que aún poseían el himen intacto; tras esta humillación, fueron desterradas de la tierra que había sido su hogar, para ser vendidas en esclavitud; la peor de las esclavitudes y la más vergonzosa, la esclavitud de la prostitución; esclavitud en el lecho, para excitar el deseo y satisfacerlo con sus cuerpos; es-

clavitud para cualquier comprador, ya fuera un caballero o un rufián grosero y sucio.

Fue el Padre quien infligió este feroz e inmerecido castigo a aquellas vírgenes desamparadas y sin amigos, cuyos padres y parientes había degollado ante sus propios ojos. ¿Y acaso mientras tanto ellas le suplicaban piedad y auxilio? Sin lugar a dudas.

Esas vírgenes eran el botín, el saque. Él reclamó su parte y la obtuvo. ¿Qué uso tenía él para las vírgenes? Examinad su historia posterior y lo sabréis.

Sus sacerdotes también obtuvieron una parte de las vírgenes. ¿Qué uso podían dar los sacerdotes a las vírgenes? La historia privada del confesionario católico romano puede responder esa pregunta. El principal entretenimiento del confesionario ha sido la seducción—en todas las épocas de la Iglesia. El Padre Hyacinth testifica que de cien sacerdotes confesados por él, noventa y nueve usaron el confesionario de forma eficaz para seducir a mujeres casadas y a muchachas. Un sacerdote confesó que, de novecientas chicas y mujeres a quienes él había servido como padre y confesor en su tiempo, ninguna había escapado a su abrazo lascivo, salvo las ancianas y las poco agraciadas. La lista oficial de preguntas que el sacerdote está obligado a formular sobrecogerá a cualquier mujer que no sea paralítica.

No hay en la historia, ya sea salvaje o civilizada, nada más absolutamente completo, nada que abarque sin piedad ni remordimiento que la campaña del Padre de la Misericordia entre los madianitas. El informe oficial no detalla los incidentes, episodios o minucias; se limita a ofrecer información en masa: todas las vírgenes, todos los hombres, todos los bebés, todas las “criaturas que respiran”, todas las casas, todas las ciudades; os ofrece tan solo una imagen vastísima, extendida aquí, allá y allende, hasta donde alcanza la vista, de ruina carbonizada y desolación barrida por la tormenta; vuestra imaginación añade una quietud melancólica, un silencio espantoso—el silencio de la muerte. Pero, por supuesto, hubo incidentes. ¿De dónde los sacaremos?

De la historia de fecha de ayer. De la historia creada por el indio rojo de América. Él ha duplicado la obra de Dios y la ha realizado en el mismo espíritu de Dios. En 1862, los indios de Minnesota, habiendo sido profundamente agraviados y traicioneramente tratados por el gobierno de los Estados

Unidos, se levantaron contra los colonos blancos y los masacraron; masacraron a todo lo que pudieron alcanzar, sin hacer distinción de edad o sexo. Considerad este incidente:

Doce indios irrumpieron en una granja al amanecer y capturaron a la familia. Estaba compuesta por el granjero, su esposa y cuatro hijas, siendo la menor de catorce años y la mayor de dieciocho. Crucificaron a los padres; es decir, los dejaron completamente desnudos contra la pared de la sala y les clavaron las manos a la pared. Luego desnudaron a las hijas, las extendieron en el suelo frente a sus padres y las violaron repetidamente. Finalmente, crucificaron a las chicas contra la pared opuesta a la de sus padres y les cortaron las narices y los senos. También—pero no entraré en detalles—existen indignidades tan atroces que el papel no puede escribirlas. Un miembro de esa pobre familia crucificada—el padre—seguía vivo cuando llegó la ayuda dos días después.

Ahora tenéis un incidente de la masacre de Minnesota. Podría daros cincuenta. Cubrirían todos los diferentes tipos de crueldad que el brutal talento humano ha inventado.

Y ahora sabéis, por estas seguras indicaciones, lo que sucedió bajo la dirección personal del Padre de la Misericordia en su campaña contra los madianitas. La campaña en Minnesota fue meramente una duplicación del ataque madianita. Nada sucedió en uno que no sucediera en el otro.

No, eso no es del todo cierto. El indio fue más misericordioso que el Padre de la Misericordia. No vendió vírgenes en esclavitud para atender los deseos de los asesinos de sus parientes mientras sus tristes vidas durasen; las violó, y luego, con caridad, hizo que sus sufrimientos posteriores fueran breves, acabándolos con el precioso don de la muerte. Quemó algunas casas, pero no todas. Ejecutó a bestias mudas e inocentes, pero no les quitó la vida a ninguna.

¿Esperaríais que este mismo Dios sin conciencia, este bancarrota moral, se convirtiera en maestro de moral; de ternura; de mansedumbre; de rectitud; de pureza? Parece imposible, extravagante; pero escuchadle. Estas son sus propias palabras:

Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón, porque verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois, cuando os vituperen y os persigan, y digan de vosotros toda clase de mal, mentirosamente, por mi causa.

La boca que ha pronunciado estos inmensos sarcasmos, estas gigantescas hipocresías, es la misma que ordenó la masacre total de los hombres, bebés y ganado madianitas; la destrucción total de casas y ciudades; el destierro masivo de las vírgenes a una esclavitud inmundada e indecible. Esa es la misma persona que trajo sobre los madianitas las crueldades endemoniadas que, detalle a detalle, fueron repetidas por los indios rojos en Minnesota dieciocho siglos después. El episodio madianita le llenó de júbilo. Lo mismo hizo el de Minnesota, o de lo contrario lo habría impedido.

Las Bienaventuranzas y los capítulos citados de Números y Deuteronomio deberían leerse siempre juntos desde el púlpito; así la congregación obtendría una visión integral de Nuestro Padre Celestial. Sin embargo, no he visto jamás a un clérigo hacer esto.

\*NOTA: La luz de la estrella más cercana (61 Cygni) tarda tres años y medio en llegar a la tierra, viajando a 186.000 millas por segundo. Arcturus había estado brillando 200 años antes de ser visible desde la tierra. Estrellas más distantes se hicieron visibles gradualmente tras miles y miles de años.

— El Editor [M. T.]

\*NOTA: En las Islas Sandwich, en 1866, murió una regia princesa de curvas pronunciadas. Ocupando un lugar de honor distinguido en su funeral estuvieron treinta y seis jóvenes nativos de extraordinaria estatura. En una canción laudatoria que celebraba los diversos méritos, logros y hazañas de la difunta princesa, a esos treinta y seis caballos se les llamó su harén, y la canción decía que era su orgullo y alarde haber mantenido a todos ellos

ocupados, y que en varias ocasiones había sucedido que más de uno de ellos había podido trabajar horas extra. [M.T.]

\*NOTA: Propongo publicar estas Cartas aquí en el mundo antes de volver a vosotros. Dos ediciones. Una, sin editar, para los lectores de la Biblia y sus hijos; la otra, expurgada, para personas de refinamiento. [M.T.]

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**